

ISABEL GUIRADO



Seducciones Encubiertas



UNA NOVELA ROMÁNTICA DE PECADOS
OCULTOS Y DESEOS DESENFRENADOS

Seduciones Encubiertas.
Una novela romántica de pecados ocultos y deseos
desenfrenados

Isabel Guirado

Tabla de Contenidos

[PRIMEROS DÍAS](#)

[MÁSCARA](#)

[LIMPIEZA](#)

[FESTEJOS](#)

[DESCUBRIR](#)

[EL COFRE](#)

[HUIDA](#)

[AGRIO AMANECER](#)

[AMOR](#)

[EPÍLOGO](#)

[Otros Libros Recomendados de Nuestra Producción:](#)

Los días más agradables de mi vida siempre fueron en invierno.

Desde el día que abrí los ojos hasta la primera vez que caminé bajo una nevada el frío ambiente de la estación fue mi destino. Ni siquiera en las ventiscas me sentía insegura. Era extraña, después de todo, una de las chicas más raras del colegio.

Sin embargo, mi vida no era extraordinaria. Mis ideas se quedaban en las páginas de los diarios, mientras la vida pasaba junto a mí. Era un patetismo terrible el que me impedía avanzar y alcanzar mi máximo potencial. No tenía aspiraciones por nada, ni siquiera de diversión.

Por ello me encontré pronto en un trabajo mal pagado, con sueños rotos e ideas poco trascendentales sobre la vida. No era feliz ni estaba enojada con el mundo; solo me daba todo igual.

Agradecía trabajar en la agencia de limpieza Dientes Azules. Te asignaban una familia a la que debías atender. Me habían conseguido buenos sitios y había logrado amistades en casi todos. No me había ido nada mal en el mundo del servicio.

- Tu próxima casa es una mansión ubicada en la zona azul del mapa.

La mujer en la recepción siempre me miraba como si necesitara doce horas de sueño extra. El sonido del teclado era siempre su música y el aroma a donas su acompañante favorito.

- Tuviste muy buenas reseñas las veces anteriores, así que este contrato va para largo con ellos. Será mejor que no lo arruines. Las oportunidades así no llegan dos veces.

Era la primera vez que tenía un contrato tan grande, la primera vez que mis esfuerzos valían la pena.

- Gracias, lo tendré en cuenta.

Aunque sin duda iba a seguir los consejos no me iba a limitar a hacer solo lo mío. Conocía bien mi oficio y tenía una personalidad lo suficiente amable para que mis próximos años tuvieran

buenas opiniones.

Salí de la oficina con paso firme acomodándome el cabello rubio con el viento de la calle. El estacionamiento a esas horas parecía un cementerio. Ni siquiera la mínima muestra de vida en el lugar. Era muy temprano en la mañana de un lunes festivo.

Pasé junto a las ventanas oscurecidas. El frío del día se metía por debajo de mi abrigo. Apresuré el paso. Mi auto rojo estaba a unos metros de allí, justo en la entrada del lugar y a plena vista del guardia de seguridad.

De repente sentí un jalón en la chaqueta. Me di la vuelta, muy asustada. Solté un suspiro cuando coloqué mis ojos sobre el vagabundo.

- ¿Tiene algo de cambio que pueda darme?

Su cabello estaba sucio, lleno de trozos de objetos que no pude identificar. Sin apartar casi mis ojos de él, busqué en el bolso la calderilla que siempre tenía tras ir de compra.

Con un silencio agradecido el hombre tomó las monedas que tenía y se alejó.

Los cabellos empezaron a pegarse a mi rostro cuando logré entrar al auto. Llegué a mi sitio de descanso, muy feliz de estar otra vez en mi lugar de refugio. El agradable ambiente lograba relajar mi mente llena de confusiones y malas ideas. El calor pronto logró eliminar cualquier tipo de incomodidad de mi persona.

Sonreí cuando vi la fotografía que siempre tenía colocada colgada de mi espejo. Una mujer de cabello negro abrazaba a la niña que fui, rubia y enclenque, con toda la fuerza del amor de una madre.

Sin embargo, ya no era lo mismo. Desde que mi madre había enfermado las cosas no me iban tan bien como lo esperaba. Su enfermedad había consumido algo más que su cuerpo. También se había llevado parte de mis esperanzas y los pocos sueños que había logrado cosechar al tener ciertos ahorros.

Su muerte para mí fue el motivo para alejarme de todos mis conocidos, por eso estaba yo allí, en medio de la carretera en dirección a la zona rica de la ciudad. Era la única manera de poder olvidar los últimos días de la vida de mi madre, de los dolores y las miradas compasivas de mis pocos amigos y la familia lejana.

La mansión a la que me dirigía estaba ubicada en uno de los centros más caros de la ciudad. Según mi corta investigación en mi teléfono celular, la zona había sido vendida a varias familias de inversionistas hacía ya un par de siglos. Todas las casas eran grandes para familias numerosas o de gran alcurnia. La clase de personas que allí hacían vida eran muy diferentes a las que yo estaba acostumbrada tratar.

Mi mente evitó irse demasiado lejos. Tenía parte de mi carácter bien establecido, pero no iba a arruinar todo cuando me trataran mal. Quizás ni siquiera me tratarían mal y estaba formulando juicios sin fundamentos. Apreté las manos en el volante, más preocupada de lo que me permitiría admitir nunca en voz alta. Arruinar esa oportunidad podría llegar a ser el fin de la vida como la conocía. de mis aspiraciones.

El paisaje había cambiado de nuevo, de edificios grandes y personas de rostro agotado, pasó a ser un amplio y hermoso campo verde lleno de grandes edificaciones con sus correspondientes patios. La calidad de las casas, de los autos y la presencia de algunos animales bien cuidados, me dieron la idea de la clase de personas que allí habitaban, de la calidad de vida a la que estaban acostumbrados. Recordé el salario fijo que tendría por día y mi corazón se aceleró.

Si lograba quedarme fija en la casa como parte de la servidumbre al menos por un par de años podría tener suficiente para retomar mi educación y librarme de todas las deudas de gastos pasados. Suspiré de nuevo, recordándome que no debía contar los pollitos antes que salieran del cascarón. Podría llevarme una decepción, ya conocía bien la naturaleza caprichosa del destino.

Me detuve justo a la altura de la taquilla de seguridad. Sin prisa, firme, busqué en la carpeta con mis papeles la insignia otorgada con todos mis datos.

- Debe girar en la segunda calle, es la mansión de las rejas negras. Tiene un par de fuentes delante. El nombre "Vells" de la placa es inconfundible.

Si la ciudad era limpia, este sitio era impecable. Las calles estaban casi vacías, salvo por algún grupo de niños jugando aquí y allá, alguna pareja trotando y lo que parecían sirvientes andando de un lado a otro con perros de gran tamaño. Mi presencia no despertó mayor curiosidad, solo una chica más que iba a trabajar en algunas de las magníficas casas.

Seguí las indicaciones del guardia de seguridad y tras unos minutos me encontré frente a las rejas de la casa donde me quedaría los siguientes meses. Un nudo se apretó en mi garganta. Era un lugar magnífico.

Con un pitido, las grandes puertas se abrieron para mí. Suspiré una última vez antes de guiar el auto a la entrada de mi destino.

La fuente era mucho más grande de lo que pensaba. El lugar era tan bello, tan extremadamente bien cuidado, que era intimidante. Los jardines tenían un verde pálido por las horas de invierno. Pese a que todavía no había nevado ya habían preparado los caminos que habrían de seguir las máquinas.

Era una casa de dos pisos, muy amplia. Conté cuatro ventanas por cada lado, muy anchas y separadas entre sí. Limpia, magníficamente decorada sin el mal gusto de los que necesitan exceso de cosas. No me extrañaba que necesitaran una mano extra en su equipo de limpieza.

Frente a la puerta me esperaba un mayordomo de frente amplia y rostro serio; un chico de cabello negro también se encontraba junto a él. Ambos llevaban los chalecos del uniforme. Detuve mi auto justo frente a la entrada. Tras revolverme un poco en el asiento, tomé la valija y los papeles correspondientes.

- Llegas tarde -me recibió el mayordomo. Apreté los labios. No iba a ponerme a pelear con alguien todavía. Con aprobación, estiró sus manos hacia mí y tomé una de ellas. El agarre fue fuerte, firme, sin que quitara sus oscuros ojos de mi rostro.

- Emma Kluts, ¿no? Mucho gusto, soy Leandro -hizo un gesto al chico.

- Él es Baco. No le hables. Es sordomudo -me dijo.

- Está bien. Un gusto conocerlos a ambos.

Sin invitarme a entrar todavía Leandro revisó cada uno de mis papeles y me hizo entrega de mi nueva identificación.

- Con ella podrás entrar y salir sin ningún problema de las habitaciones con código.

Decidí no hacer preguntas. Notaba que ello complació al hombre, como si prefiriera que yo fuera lo menos curiosa posible. La verdad es que no tenía ganas de hablar sino de ponerme a explorar los rincones más íntimos de la casa. Finalmente, me dejó entrar en ella.

El vestíbulo era más hermoso de lo que pude haber imaginado. Las columnas altas, el techo muy amplio y magnífico. Los ventanales grandes daban luz a un sitio amplio. La escalera que subía al vestíbulo era antigua, de ensueño y una gran alfombra cubría las escaleras. Las primeras decoraciones navideñas eran muy sencillas: lamparillas de color rojo, preciosas en todo sentido, colgaban de algunas zonas.

- Vaya, así que esta es la nueva chica. Es hermosa.

El tono de total compostura me estremeció de los pies a la cabeza. Subí los ojos, para encontrarme con una magnífica presencia. La mata de cabello negro caía por su espalda. Quien quiera que fuera esa persona, sin duda era uno de los personajes más importantes del hogar.

me apresuré a presentarme, dando un paso hacia adelante.

- Buenos días, señora. Me llamo Emma Kluts.

Ella empezó a tamborilear los dedos en la baranda de la escalera. Sus uñas largas, pintadas de rojo, resonaban contra la madera. Controlé mi expresión lo mejor que pude.

- Ah, sí, la nueva chica de servicio.

No sé porque, pero el tono en que lo dijo me alteró las energías. Sin embargo, permanecí lo más calmada posible.

- Soy la señora Vells, Franchesca Vells. Te dirigirás a mí como "Señora" o "Ama", dependiendo de las instrucciones que te entregue Leandro en las ocasiones indicadas. Espero la más alta disciplina de todo mis empleados.

- Tomás está en su oficina, Leandro. Me gustaría que la llevaras allá para que firme sus papeles.

Sin agregar más desapareció. El corazón se me había calmado, aunque todavía sentía la tensión del encuentro en las fibras de mi cuerpo.

La habitación a la que entramos era más sofocante, de un tamaño bastante amplio pese a todo. Los ventanales estaban cerrados tanto por las cortinas como en los vidrios. La calefacción muy alta, los libros y los papeles regados por doquier, mientras que una figura nos esperaba de pie en medio de la sala.

- Señor, vengo a traerle a Emma Kluts, nuestra nueva ayudante de limpieza.

Se inclinó ante él y, por mero instinto, le seguí. Ese tipo de cortesías no se me habían pedido en mis otros trabajos. Me sentía como una marioneta.

El título sonaba muy mal, pero era mejor que nada. Tragué con fuerza cuando volvimos a estar erguidos, el rostro de mi señor atrapándome por completo en ese instante. Su mirada oscura, bella y profunda, traspasó mi cuerpo.

Tomás Vells era el hombre más hermoso en el que había posado mis ojos. No sólo era su gran estatura, similar a la mía, sino su espalda ancha, su cuerpo fuerte y bien trabajado. Aunque el color de su cabello era naranja, no era fuerte ni tampoco en exceso brillante. Las pecas estaban en su piel como un tapete perfecto, mientras que cada uno de sus rasgos estaba armonizado y masculino.

Menos mal ya había adoptado mi profesionalismo, porque mi nuevo señor era de verdad un

modelo de hombre. Al menos, hasta que decidió abrir la boca.

- ¿Y por qué la traes a ella? Sólo dame los papeles.

Ni siquiera parecía observarme. Un rayo de enojo cruzó mi rostro. Ya sabía que era sólo una empleada, pero al menos podría dedicarme unos minutos de su preciado tiempo. Luché por no rodar los ojos.

- Llévala a su habitación, que la preparen de forma adecuada y le quiten esa horrible ropa. No podemos dejar que otros la vean.

- ¿Qué hay de malo con mi ropa? -exclamé sin poderme resistir. Era una ofensa de por sí que no busqué de ninguna manera. No me merecía insultos gratuitos de nadie, menos de mi empleador.

La expresión de Tomás cambió y me miró con la frialdad de alguien que ve un insecto. Sin más, indicó con un movimiento que me fuera y me dio la espalda.

Me tragué mi orgullo y salí, siguiendo a Leandro. Primer día y ya odiaba a mis amos.

Me llevó por un pasillo largo. La presencia de tantas habitaciones me turbó, pero no tendría tiempo de preguntar sino hasta después de instalarme con mis pocas cosas.

¡Y vaya que no tenía ya ganas!

PRIMEROS DÍAS

Después de ese primer encuentro lo mejor habría sido salir corriendo de inmediato. No era el mejor trabajo que me podía conseguir la agencia. Estaba segura que, dentro de su clientela, había otras oportunidades más para una persona trabajadora como yo. Solo era cuestión de llamar y olvidarme de las tonterías de un hombre que me miraba como si fuera basura, una mujer que parecía sacada de una película de horror y de dos miembros de la servidumbre, uno mas extraño que el otro. No tendría problema absoluto en iniciar una nueva vida lejos de esas personas.

Sin embargo, mi orgullo no me iba a permitir rendirme tan fácilmente. Era evidente que eso había sido una especie de prueba. Llevaba menos de media hora allí. No podía tirar por la borda todo el esfuerzo de haber llegado hasta acá. Menos el papel en el que habían sido adjuntados los documentos de mi trabajo. Suspiré, decidida a no dejarme llevar y me puse en pie de nuevo. Bien, era hora de arreglar mi habitación para sentirme un poco más en casa.

El sitio era bastante hermoso para ser una simple habitación de sirvientes. Estábamos en la planta baja, en una zona que, en otros tiempos, parecía haber sido un almacén de grandes proporciones. Había sido dividida en cuatro habitaciones, las puertas en un pasillo de a dos. Tenía lo básico: un closet para mi ropa, un escritorio con su silla, un pequeño mueble para libros y objetos, la cama y otra habitación que cumplía las funciones de baño con una bañera ducha, un lavamanos y su respectivo inodoro.

- La limpieza de tu pieza también es parte de tus responsabilidades. Vendré a inspeccionar cada cierto tiempo -me había advertido Leandro.

- ¿No te gustan las mujeres, eh, que pareces tan pensando en que haré un desastre? -dije medio en broma, medio en serio. Ninguno de los dos íbamos a conversar sobre lo que había sucedido en la oficina de Tomás, porque simplemente no queríamos dañar esta pequeña alegría.

- Por el contrario, amo a las mujeres. Pero estoy también muy consiente que muchas de ellas son, lamentablemente, poco damas en la intimidad.

Reí por ello, por el recuerdo de la manera en que lucía como si fuera una de las cuestiones más entretenidas del mundo. Era en verdad un hombre extraño, completamente distinto a los otros que había encontrado. Ya era un señor que habría podido ser mi padre, pero no podía negar el atractivo que tenía su rostro y su seriedad. Me sentí segura de nuevo, calmada lo suficiente para poder estar allí, sentada en la cama de mi habitación.

Me levanté de nuevo para empezar a vestirme para mis primeras tareas en la casa. Era uno de los uniformes más bonitos que me había colocado. Sobre mi pecho izquierdo se encontraba el escudo de la familia. Una forma rectangular, espadas cruzando el escudo y dos trompetas a los lados de la estructura.

El uniforme se componía de un pantalón negro bajo, una falda larga de color negro y vinotinto. La camisa de mangas largas, los guantes protegiendo bien los dedos para cualquier actividad. Cuello cerrado, todo bien ajustado para evitar cualquier tipo de visión demasiado dañina a cualquiera de los ojos de mis amos. Era evidente que, quien quiera haya hecho eso, se había asegurado que el nivel de profesionalidad se mantuviera en todo momento cuando se trataba del servicio.

Acomodé mis cabellos rubios en una coleta alta. Era de lo mejor que podía hacer para evitar que algo luciera imperfecto en ese primer día. Guardé en los bolsillos de mi ropa algunas de las cosas que necesitaría durante el día: un peine para mis cabellos, algo de antibacterial, nuevos lentes por si acaso mis ojos se cansaban y un nuevo montón de ligas para el cabello, ya que siempre terminaban rotas tras unas horas.

Justo al terminar de vestirme, me dediqué a guardar el resto de mis cosas en el armario. No tenía tantos como pensaría la mayoría. Unos pocos libros para leer en la noche, la mayoría de misterio y de terror; unos cuantos trajes de invierno para mis días libres, así como los paseos que pensaba hacer en los siguientes meses. Además, otros útiles como objetos para limpiarme los dientes,

jabón, champú y todos los demás instrumentos que necesitaría una chica en cualquier parte.

Finalmente, salí de la habitación una vez estuve lista. La tensión volvió en cuanto salí del marco de la puerta. Leandro no me esperaba allí, sino que deseaba que repasara la manera de entrar y salir de las habitaciones sin ayuda. Suspiré intentando salir sin tardarme demasiado. Cada paso era un nuevo peso en mi estómago, ya lo suficientemente perturbado que no podía simplemente calmarme. Las imágenes de los encuentros me lastimaban, hacían que mis manos sudaran. La seguridad que tenía al bromear con Leandro habría desaparecido si me hubiera respondido también mal.

Sin detenerme a pensar seguí caminando hasta encontrarme en la zona de la cocina. Los aromas del pan recién hecho me llegaban mientras que mi boca salivaba por el hambre. Sin embargo, no podía aún almorzar. Quizás en un par de horas más nos servirían la comida, después de terminar el trabajo de la mañana. Conociendo a mis amos estaba segura que hasta la comida de sirviente sería increíble.

- Hola, chica -me dijo la cocinera; una mujer muy grande, anciana, de sonrisa amable y grandes mejillas rellenas. Se notaba que tenía un gran humor, que era como una gran madre para todos aquellos que estaban en la casa. Vestía el uniforme más un delantal impecable todavía.

- Soy Érica. Toma, para que pases un poco los nervios. Estás pálida, querida.

- Soy Emma. Muchas gracias.

Me pasó una bandeja con galletas de chocolate, quizás del desayuno de la mañana. Tomé tres, comiendo una de un golpe justo en el sitio. El chocolate llenó mi boca y mi estómago dio un sonido agradecido por el alimento. Mi ánimo subió casi al instante y no pude evitar soltar una risa agradecida.

Ella asintió, indicándome que me apresurara. Su adorable rostro era muy dulce, igual al de las galletas que me había dado. Era como un sol en medio de la oscuridad.

- Leandro puede ser una molestia a veces, pero es un buen hombre. Solo intenta obedecerle en todo y no tendrás ningún tipo de problemas.

- Estaba delicioso. Muchas gracias también por la recomendación, señora. Estaré siempre pendiente para cumplir mis deberes de la mejor manera.

Me alejé con premura a la salida del comedor donde me encontré de frente con Leandro y Baco, ambos con delantales y dos escobas.

- Terminaremos de barrer y debes lavar bien los pisos. Que estén brillantes cuando volvamos. Después podremos montar todo lo necesario aquí para las próximas cenas. Intenta hacerlo en menos de una hora. Ya empezamos tarde por tu lentitud.

Sin esperar mis preguntas se acercó a Baco y me indicó seguirle para ir a otra habitación. Suspiré al encontrar el equipo de limpieza con el que me manejaría en adelante. No me tomaría demasiado ya que, aunque era un salón grande, habían sacado todos los muebles a un lado para que pudiera moverme sin ningún tipo de problemas.

El aroma a desinfectante pronto calmó mi corazón ya que sabía bien como dar lo mejor de todo en mis actividades. Cerré los ojos un segundo sonriendo porque pese a mi trabajo me gustaba mucho ganarme el pan con trabajo duro. Para mí no había nada mejor.

Trabajé lo mejor que pude, incluso me concentré en unas extrañas marcas que parecía cubrir donde solía estar la alfombra. Leandro y Baco entraron en algún punto para buscarla, sus labios tapados con trapos para no toser por el polvo. El resto del tiempo me dediqué a dejar ese sitio más limpio de lo que nunca había estado y, al final, me sentí feliz de verlo brillar bajo la luz que todavía entraba por la ventana.

Suspiré al salir al vestíbulo.

- Es una chica muy bonita, ¿eh?

La voz de Franchesca llegó a mí y me quedé paralizada, escondida tras el rellano de la puerta

mientras escuchaba. Parecía conversar con alguien sobre mí, de eso no había la menor duda. Escuché una risa masculina. Era profunda, amarga como un trago obligatorio de medicina. Era sin duda de mi amo Tomás quien parecía estar pensando que mi persona era en extremo graciosa. Apreté los manos sobre mi regazo, sabía que no debía estar escuchando, pero es que me era inevitable. Tenía que seguir como si nada, pero temía que mi rostro fuera demasiado evidente sobre lo que había estado haciendo unos minutos atrás.

- Bonita es decir poco, es bastante hermosa.

Mis mejillas se colorearon. ¿De verdad estaban hablando de mí? ¿De la persona que apenas lograba ponerse de pie cada mañana, debido a su propio odio y equivocaciones? Escuché como Franchesca gruñía, sus tacones se escuchaban con claridad en el suelo.

- ¿Hum? ¿Acaso estás celosa? Si es hermosa, no lo niego, ¿pero para que te pongas a este punto?

Una sonrisa cruzó mis labios porque me pareció que era una de las mejores cosas que alguien había dicho de mí, aunque sonara terrible para mi propia autoestima. No podía sentirme mal porque un hombre guapo me encontrara también atractiva.

- Ja, como si alguien se pudiera sentir mal por ese trozo de huesos con piernas. Si la ves bien, apenas tiene más carne que una costilla de las que comimos ayer.

Escuché la puerta principal abriéndose, luego cerrándose de nuevo. Su lengua chasqueaba a cada segundo.

Mis ojos se llenaron de lágrimas por la burla, aunque me di cuenta que no era de dolor ni de pena sino de rabia por no poder responder adecuadamente las ofensas de mis amos. Tenía mis manos atadas en esos momentos. De verdad que me sentía agotada, mal y apenas había llegado a conocerlos unas horas. Las ganas de escapar en el momento me superaban. Quizás debía aprovechar la oportunidad, ahora que los dos estaban allí, a tan solo unos metros de mí.

- Te he dicho que debemos contratar a más personas. Cuatro es una poca cantidad de sirvientes

para un sitio tan grande.

Los pasos de ambos se acercaron a la puerta. Llegaba a mí un ligero aroma a perfume femenino. Seguramente Franchesca estaba lista para irse a la reunión que tendrían.

- Cuatro es más de lo que necesitamos. Si tan sólo de esforzaran más no tendríamos que vivir en un chiquero. Si tan sólo me dejaras azotarlos como se hacía en los tiempos de mi abuela, todo iría mejor.

Una risa se escapó de los labios de Tomás. Me estremecí. La idea de azotarnos parecía parecerle en verdad graciosa a ambos. Sentí una oleada de rechazo por los dos. Aunque fuera una broma inocente no me parecía nada divertido que el sufrimiento ajeno les gustara.

Sin querer seguir escuchando, di la espalda a la habitación y rehice el camino a mi habitación. Mis pensamientos eran tan desastrosos que apenas pude responder las palabras de la cocinera con un asentimiento. No quería nada más que encerrarme y olvidarme un rato de las cuestiones que rozaban mi vida en cada instante. Necesitaba un descanso, al mismo tiempo que me era importante un trabajo, pero nunca podía encontrar lo que necesitaba.

Suspiré al entrar a la habitación y me arrojé sobre la cama. Mis pensamientos al fin se liberaron a mis pasados desastres. En algún punto mientras las lágrimas salían de mis ojos debí quedarme dormida justo en la mejor parte de mis dolores ya que no sentí nada más que la oscuridad comiéndose todo el resto de mis ideas. En medio de las imaginaciones de mi pasado el dolor no podía alcanzarme por completo. Imágenes, estrellas, enormes rostros de gentes que conocía aparecieron, pero no podían ya hacerme daño. Ya nada allí podía alcanzarme.

La verdad es que era una mujer muy solitaria. El único amigo que me quedaba era María, mi jefa inmediata. Las fiestas, las salidas y todo lo que ello implicaba nunca me había interesado, sino que usualmente paseaba mucho por los parques, hacía ejercicio sola y me gustaba explorar sitios abandonados por la pura diversión de estar. No era una persona muy sociable fuera de las reuniones obligatorias. Mi compañía siempre me había bastado.

En la adultez esas cuestiones cambiaban algo. Siempre se necesita amistad, alguien con el cual conversar de cualquier tipo de cuestión. Los niños se sienten tan bien en grupo como lo hacen también los hombres cuando suben en la escala de edad. Mis pensamientos estaban allí junto a los ecos de la soledad en una calma completa sin problemas de otros años.

Claro, eso fue hasta que sentí una mano en mi hombro, moviéndome con firmeza pero sin pausa ni violencia. Era más como el toque de un padre preocupado por la actuación de un hijo descarriado.

Abrí los ojos hinchados un poco por las lágrimas que se me habían escapado durante mi sueño. Me senté antes de que Leandro abriera la boca, acomodando los sitios de mi uniforme que se habían arrugado por acostarme en la cama. Busqué a tientas uno de los pañuelos que había dejado cerca de mi mesa de noche. Sequé mi rostro.

- Sé que no debía haberme ido así, es que...

- Los amos pueden ser muy crueles a veces. Es simplemente la personalidad de la mayoría de los que nos contratan, Emma. Debes aprender a solo tomarte un trago de amargura, uno de educación y simplemente seguir adelante.

Asentí sin poder hablar porque la sensación había vuelto. Me daba cuenta que no era una persona tan fuerte como me gusta hacerme creer a mí misma. Era de verdad una niña que debía seguir adelante con todas sus cargas.

- Lo lamento, igual. Debí evitar volverme tan... fácil de ofender.

Leandro asintió, como si prefiriera darme la razón antes de seguir conversando sobre ese tema tan difícil. Los dos teníamos más de un secreto todavía, pero esperaba que nos abriéramos a medida que nos conociéramos.

- Sigue durmiendo -dijo sin mostrarse demasiado preocupado por el asunto-. Mañana seguirás tus lecciones sobre el cuidado adecuado de la casa, los modales para atender, además que necesitamos tu máxima energía. Enviaré a Baco con el almuerzo y la cena, si te sientes lo

suficientemente fuerte para comer.

- Gracias, Leandro.

Sentí que el mundo me estaba dando una posibilidad. No tenía palabras para expresar en verdad el sentimiento de alegría que me daba estar allí, con una oportunidad de recuperarme sin problemas.

- Está bien, no te angusties. Ve a dormir. Los amos no estarán hasta mañana. Tienen una importante cena y nos podemos arreglar bien nosotros. Sabemos que los amos, en especial Franchesca, tienen un mal carácter.

Asentí, volviendo a la cama. Esperé a que Leandro se fuera para levantarme de nuevo, fui a la ducha y me limpié muy bien cada trozo de la piel para eliminar cualquier rastro del asco que sentía por mi propio comportamiento. Parecía que mis pecados me seguirían toda la vida. No lograba nada bien.

Salí del baño y me vestí con rapidez. Echarme en la cama fue un alivio difícil de comparar con cualquier otro detalle. El cansancio psicológico era de lo peor, en verdad. Desde mis manos hasta mis pies todo temblaba sin que pudiera controlarme.

Los ojos como lobos de Tomás me miraban a través de la memoria. Su belleza me parecía terrible, la crueldad de su risa como un malvado recordatorio de las diferencias entre todos y yo. Mis manos se cerraron alrededor del borde de la cobija. No podía dejar de pensar en ello, en la atracción que me provocó en cuanto lo vi. Y sentía que, por su comentario, la atracción había sido también mutua.

Suspiré, tratando de volver a dormir. Pese a mis expectativas, dormí de un solo golpe. Los sueños me dejaron agotada, feliz incluso, así que, por el día, no tendría mayores recuerdos.

MÁSCARA

Al día siguiente, las cosas empezaron bastante bien. Nadie mencionó mi actuación del día anterior. El desayuno fue bueno, abundante y las tareas fueron divididas enseguida.

Ese día me tocó ayudar a limpiar los rincones más oscuros de la cocina y la alacena. Entre Érica y yo nos movimos por todos lados. Me subí a las zonas más altas, empujé la cocina a diferentes lugares y quité suciedad de la más antigua. Al parecer habían pasado años desde que se le hizo una limpieza concienzuda a esa zona. Sin embargo, quedó perfecta aunque los siguientes días les haríamos un repaso más para asegurarnos.

Suspiré cuando la cocina estuvo lista, mi cuerpo algo dolorido por el apuro de correr y empujar objetos pesados. Me dejé caer en uno de los asientos aliviada cuando me pasaron un vaso de agua fresca. El líquido terminó de eliminar cualquier rastro de depresión. Me sentía bien, dentro de todo.

Leandro entró en la habitación y aprobó nuestro trabajo. Luego, se dirigió a mí.

- La señora me pidió te avisara que deseas que tú lleves las bebidas y las pastas. Está con sus amigas.

El corazón se me cayó a los pies. Aunque no habíamos tenido casi contacto era evidente la animadversión que Franchesca sentía por mi presencia en casa. ¿Acaso se sentía en peligro? Si era una de las mujeres más hermosas que había conocido en la vida.

- Está bien -exclamé con la garganta de nuevo seca.

Érica y Leandro me miraban con cautela, pero ninguno me ofreció alguna palabra de ánimo. Tenía que aprender a convivir con Franchesca, por las buenas o por las malas. Tomé las tres bebidas y las coloqué en una bandeja junto a un plato con galletas del día anterior. Además de todos los

agregados correspondientes.

Suspiré y salí al comedor donde pude observar a Franchesca con otras dos mujeres. En silencio, me puse a servir cada cosa en su lugar. Sin que me vieran o indicaran, me quedé a un lado, como ausente.

Su conversación retomó y me alegré que no se acercaran a mí. Solo quería acabar eso para poder marcharme a otros deberes. Sabía que, si me iba sin que me dijeran, me iban a molestar de otra forma. Permanecí callada, el murmullo de sus chismes llenaban el gran comedor. Las tres estaban vestidas en finas ropas, todo de la mejor calidad y de último modelo. Eran las tres también muy hermosas. Yo nada pintaba allí.

De repente, empezaron a hablar de mí y todo se puso peor de lo que pude haber imaginado en un principio.

- Escuché que te estás llevando muy bien con Leandro, Emma, querida.

La voz de Franchesca me hizo sentir un escalofrío en la columna vertebral. Era malo, en verdad, lo que estaba sucediendo. ¿Acaso la había ofendido de alguna manera?

- ¿Leandro? -la rubia de cara de corazón soltó una risa desdeñosa-. Como si Leandro se hundiera tan bajo. Incluso siendo un hombre tan viejo, sigue teniendo cierto aire de elegancia. Puede encontrarse algo mejor.

- No sé -la morena junto a Franchesca me observó de arriba a abajo-. Yo creo que esta chica tiene una oportunidad con alguno de los guardias de mi hogar. Aman a las conejitas de campo.

Las risas de las tres me atravesaron como cuchillos, pero aún así permanecí callada. No debía mostrar mis sentimientos o las cosas podrían irme peor. Ya estaba entendiendo el juego de Franchesca y, a decir verdad, no lo comprendía. Aunque su esposo estaba atraído por mí, no tenía razones para preocuparse. Y sólo quería estar en mis mejores ánimos para cumplir mi trabajo de forma diaria. Era mi única intención, mi único deseo.

- ¿Y de ellas temes que te quite a Tomás? Si es horrible. No puedo creer que siquiera te estés preocupando. Tomás no tiene tan mal gusto como para siquiera tocar a una baja escoria como ella. Si ni siquiera pecho tiene. Parece una niña pequeña.

Mis lágrimas no tardaron en salir cuando el primero de los insultos tocó dentro de mi alma. Sé que no soy de las mujeres más atractivas, también que, seguramente, mi cuerpo no atrae a todos los hombres. Pero de allí a insultar mi valía como persona, como mujer, había una diferencia radical.

- Ay, miren, la pobrecita está llorando.

Las risas me ahogaban, el susto de encontrarme atrapada a la merced de esa crueldad era terrible. No podía evitar sentirme atrapada en medio de una jauría de lobos, mientras mis manos se aferraban a la bandeja en la que había llevado los bocadillos.

- ¿Qué es lo que está sucediendo aquí?

La voz como trueno de Tomás rompió cualquier tipo de amenaza del ambiente. Su rostro encendido en enojo no se hizo esperar.

Miraba a su esposa y a las amigas de ella como si fueran simples y patéticos insectos. Sin decir nada más, me indicó con los dedos que le siguiera.

- No la ocupes demasiado, tengo que darles instrucciones más tarde sobre la fiesta de dentro de dos semanas -le dijo Francesca con un mohín enojado, aunque no pude evitar sentirme aliviada por la intervención.

- Lo sé. Le iré a mostrar el ático, allí trabajará la mayor parte del tiempo luego de las celebraciones.

Justo antes de que nos alejáramos por completo escuché las voces de las mujeres quejándose de mí y de que sólo era un juego.

Callados subimos por la escalera principal y en dirección a la zona de las oficinas. Tras pasar al

despacho lo vi abriendo una puerta al final del pasillo. En cuanto entramos encendió las luces. Sin embargo, la oscuridad era tal que, incluso al máximo de la energía, había muchas zonas en oscuridad. Llegamos a la parte alta de la escalera.

El ático era peor de lo que me había descrito. Se había quedado corto al decirme que era oscuro, que estaba sucio. De verdad había sido un simple eufemismo.

Cubría todo el ancho y largo de la casa, salvando lo que sería la zona del vestíbulo y la escalera principal. Además, era bastante alto para sólo ser un mero ático. No me daba especial atención que fuera así pero sí que estuviera como parecía. De inmediato entramos, nos colocamos los pañuelos que Baco nos había entregado antes de subir. Mi nariz igualmente se resintió un poco y tuve que aguantar mis deseos de estornudar. Una vez empezaba no iba a parar. Ya sabía que la próxima vez que subiera debía traer mis antialérgicos.

Al parecer nadie había tocado ese sitio desde que la familia de Tomás se mudó allí por primera vez. Telarañas colgaban del techo sin cuidado, enormes arañas se movían entre ellas como si yo fuera la última invasora en su morada. Sus ojos brillaban en la oscuridad observándome como se mira a algo apetitoso. Agradecí de forma infinita tener una escoba bien grande para matarlas en caso de que se acercaran mucho.

Habían demasiados objetos por todo el lugar, cubiertos por cobijas blancas. También veía muchísimas antigüedades llenas de polvo, objetos carísimos de muchos años atrás. Espejos enormes, bonitos cuadros con plástico protector, preciosas cajas con objetos ocultos y los más fantásticos secretos a buscar. Estar allí me tomaría días, pero valdría la pena solo para descubrir la mitad de los objetos. Quería descubrir sus secretos, informar los tesoros que tendrían dentro, para que mi imaginación pudieran llenarse de nuevos sueños.

Sin pedir permiso me acerqué a un cofre de grandes dimensiones. Las telarañas pronto las aparté con mi plumero de mango largo. No estaba en mal estado, solo sucio. Las marcas de grandes peleas, luchas que ese objeto había visto, eran visibles en la superficie. Repasé bien el plumero

sin dejar de observar cada detalle. Me moría por abrirlo, una fuerza magnética me pedía abrirlo.

- ¿Estará bien que empieces a mover y limpiar lo que puedas?

La voz de Tomás me hizo saltar en el sitio. Había olvidado por completo que él estaba allí. Me había quedado tan fascinada viendo todo que, en verdad, ni se me había pasado por la cabeza preguntarme si era correcto tocar algo sin su permiso.

Me volteé a verlo y una sombra de sonrisa divertida apareció en sus facciones. Se veía más arrebatador que nunca. Y yo sólo quería que la tierra me tragara por completo, con todo y cofre. Mis mejillas se colorearon sin que pudiera evitarlo. Sentía hasta mis orejas ardiendo. Ese hombre era demasiado para mí. Cada parte de mis pensamientos se estaban dirigiendo a él, incluso cuando no lo deseaba.

- Creo que sí. Tendré que primero sacar un montón de cosas. Necesitaré que Baco y Leandro me presten sus manos. Lo demás lo puedo hacer sola. También lo preferiría así.

Él rió por mi manera de actuar. Parecía que todo lo que me rodeaba sacaba alguna reacción en él. No sabía ya si era bueno malo.

- Seguro los dos se muestran dispuestos. Leandro la verdad es que lleva muchos años pidiéndome meter sus manos aquí. Cada vez que sube le da escalofríos. Ya manda a Baco, algo me dice que no puede estar aquí cinco minutos sin palidecer.

- Seguro que sí. Es muy interesante, él... Espero que no se haya desmayado alguna vez aquí. Hay polvo hasta en el aire.

- No, no. Lleva mucho tiempo sin subir la escalera que da aquí. No le gusta y no le puedo obligar, sería incorrecto de mi parte. A mí sí me gusta subir. A Baco le encanta, le fascina revisar a ver qué encuentra y hablarme sobre ello. Es un buen niño, curioso como ninguno.

- Me parece muy amable de parte de su familia que lo tengan aquí, sin pensar tanto en su propia desventaja.

Mi corazón empezó a acelerarse pero no me di la vuelta. Sabía que estaba allí, en algún punto cada vez más cercano. Podía sentir ya su respiración. Me sentí mareada, pero no precisamente por el miedo o por la vergüenza que me daba estar pensando tonterías con mi jefe.

Me estaba calentando a cada paso de Tomás y me fui muy difícil no girarme con violencia para cortar cualquier tipo de avance extra. Estaba paralizada, emocionada incluso, porque estábamos haciendo un preámbulo de algo prohibido. Podía notar la excitación calentando mi sangre, preparada para lo que fuera.

- Baco es de los mejores empleados que he tenido. Es incansable, fuerte, alegre y, dentro de sus propias desventajas, también es muy listo.

La respiración masculina se sintió en mi nuca, me estremecí cuando las manos rodearon mi cintura. El calor me envolvió y no pude evitar arquearme un poco. Ese cuerpo fuerte, grande, era irresistible.

- Trátalo bien. Lo considero un pequeño hermano, así que no deseo escuchar nada malo entre los dos. Sé que se llevarán mejor que nunca. Eres una chica muy buena, muy tierna.

Y sin poder esperar más, diría que incluso más desesperado que yo, obligó a mi cuerpo a mirarle. Sus grandes ojos oscuros eran como llamas, carbones mirándome con la pasión de la lujuria y el deseo. Me besó, sus manos sujetaron mi rostro para que no pudiera escapar ni un centímetro de su ataque a mi boca.

No fue un beso de película ni mucho menos, fue mejor. Fue ardiente, lleno de los deseos incontenibles de un hombre poderoso y apasionado. Su boca sabía a gloria, su cuerpo aferrándose al mío como si yo fuera solo una presa más de sus incorregibles deseos candentes. Mi cuerpo se estremeció de placer.

Sin poder controlarme, me aferré a su camisa. Su lengua grande, dominante, penetró los confines más osados de mi boca y los movió como si fueran simples estorbos a sus ansias.

Como si yo no pesara nada me levantó en el aire y me sentó en el cofre. El miedo a encontrarme algo me duró poco, cuando sentí una mano grande metiéndose en mi pantalón y rozando sin parar la ropa interior. De a poco me fui poniendo cada vez más húmeda con mi mano rozando también la mano que me tocaba. El toque era eléctrico, irresistible, y mis jadeos pronto se empezaron a escuchar por el ancho del ático. Menos mal estábamos solos.

Sin embargo, aunque había roto el beso con el movimiento de mi cuerpo, pareció insistir en el roce contra mis labios. Su lengua grande, sensual, me acariciaba la boca sin dejar de tocarme. Era terrible que no pudiéramos hacer nada más. Al menos, no por el momento.

- Te devoraré poco a poco, hasta que no quede nada de ti.

Mordí mi labio inferior segura de que decía la verdad. Me volvería loca sin yo poder contenerlo, sin poder siquiera luchar contra los deseos de su pasión. Era demasiado.

- Si sigues así, no podremos...

- No te preocupes, tenemos todo el tiempo del mundo.

Sin cuidado se acercó a mi camisa y empezó a besar sobre la tela. Sus labios volvieron a buscarme, extasiado por el placer de ese beso prohibido, de esos toques ocultos.

Sin embargo, todo lo bueno tiene su final y pronto el teléfono celular ajeno interrumpió el baile sensual de nuestras lenguas. Con cuidado sacó la mano de mi pantalón, húmeda por todos mis jugos y, con la otra, buscó a tientas el teléfono celular.

- ¿Aló? ¿Qué dónde estoy?

Su respiración en perfecto control pese a la agitación de nuestro encuentro. En silencio me acomodé la ropa mientras veía como su rostro cambiaba a un gesto fastidiado. Se alejó, dándome la espalda. Aproveché de bajar del cofre y revisar el estado de mis ropas.

Bueno, podía decir que me había caído al subir. Con tanto polvo, no era algo demasiado loco.

Tomás seguía hablando, fastidiado porque debía marcharse. Tras unos minutos más, trancó la llamada. Suspiró mientras se acomodaba la ropa.

No pude ocultar mi decepción. La verdad es que yo también le deseaba. Aunque fuera odioso, incluso malo a veces, podía sentir que entre nosotros se formaba una conexión. Me dolía un poco estar traicionando la confianza de Franchesca, pero también recordaba la manera en la que me había tratado y no salía nada de compasión hacia ella. La venganza era muy dulce entre los brazos de Tomás. Y algo me decía que yo no era la única que estaba utilizando esa situación.

- Vale, tienes que bajar de inmediato. Te darán las instrucciones para la próxima fiesta. Espero que te comportes bien.

Una sonrisa traviesa apareció en sus labios, pero la imagen no tocó sus propios ojos, los cuales apenas se encendieron con el gesto de su boca. Estaba enfurecido por la interrupción, eso era más que evidente.

Decidí seguir el juego, sin preocuparme demasiado por lo que allí había sucedido. Simplemente era cosa ya del pasado y, en algún momento, lo retomaríamos.

- Iré adelante, amo.

Controlé mi voz para no demostrar la turbación de mis gestos. Di un ademán para retirarme, pero él me tomó de las manos. La calidez de ese toque me hizo sonrojar, nuestros rostros muy cerca uno del otro. Mi corazón se aceleró y se llenó de sentimientos contradictorios.

- Primero ve a tu habitación y cámbiate. Tu uniforme en verdad está sucio por el polvo. Llamaré para que no te esperen de inmediato y comiencen sin ti.

Sus instrucciones no coincidían con la frialdad de su postura. Parecía que luchaba contra sí mismo para no tocarme.

Asentí sin poder decir nada más, alejándome con el dolor de estar separándonos por agentes externos. Sin volverme a verlo, me dirigí a la rampilla abierta para bajar. En silencio, continué mi

camino hasta la habitación. Pude observar por las ventanas la presencia del pequeño grupo de sirvientes frente a la casa. Me estaban dando la espalda pero, por el rostro que capté de Franchesca, todos estaban concentrados en las instrucciones siguientes.

Me apresuré lo que pude para cambiarme. No quería llegar tarde. Ya demasiada culpabilidad debía estar en mi cara para levantar más sospechas. Estaba segura que se me notaba hasta en el más mínimo de mis gestos la marca del pecado en la piel.

LIMPIEZA

Los siguientes días fueron una vorágine de cosas. Después de descubrir los sentimientos del jefe por mí, creí de verdad que no conseguiría concentrarme sino hasta después que acabara la fiesta. La mirada de Franchesca durante la reunión me atravesaba, furiosa y con un oscuro sentimiento dentro de ella.

Ella se negaba a creer en la mínima posibilidad de que yo no quisiera nada con su esposo. Era atractivo, sin duda, y me calentaba, eso era más que evidente, pero de allí a quererlo robar había un trecho largo. Tomás seguía siendo un imbécil. Eso no había cambiado porque me atrajera.

Sabía que no podía hablar de mí pero también que, ante el mínimo resbalón, se aferraría como loca a ese detalle para hacerme sufrir. Su boca apenas se movió durante la reunión, impaciente y ruin se veía a cada segundo. Baco se aferró a mi brazo, inquieto, mientras que Leandro parecía medir las implicaciones de mis asuntos sobre los de los demás.

Las asignaciones, los niveles de exigencia, aumentaron bastante. Franchesca me había incluido en casi todas las actividades de limpieza. Mi horario solo me permitiría comer las tres veces necesarias, sentarme quince minutos y seguir trabajando. Incluso me había dividido a la mitad mi día libre con la excusa de que había llegado tarde el primer día y ahora era una forma de recompensarlo. Aunque sería agotador, sabía que los beneficios serían altísimos. Si lograba sobrevivir esas semanas infernales, mi valía en la agencia subiría mucho. Ya no me enfocaba tanto en quedarme aquí, ya que era evidente que Franchesca no lo permitiría, pero de esta forma podría encontrar otro sitio para mí.

- Espero que den el máximo. Necesito que la casa quede impecable, que sea hermoso todo lo que hacen y en cada sitio debe haber algo especial. Vendrán personas muy importantes, no los amigos a los que están acostumbrados a ver.

Todo esto dijo mientras andaba de un lado a otro, frente a nosotros. En sus manos había una fusta que, aunque sabía no podía utilizar, conseguía el truco de hacernos sentir a todos incómodos y bastante asustados. Era una mujer malvada que no disimulaba su verdadero ser cuando no tenía testigos.

Entonces las chicas que estaban en el almuerzo eran simplemente un entretenimiento para ella. No eran amigas, no eran más que sólo conversaciones convenientes para entretenerse. Eran unas relaciones de conveniencia, vacías y muy tristes porque no era simplemente un apoyo en sus vidas, eran relleno para no aburrirse. Yo conocía bien la soledad, pero nunca utilizaría a alguien más para mis entretenimientos.

La verdad es que cada vez la encontraba más odiosa, más peligrosa para mis propios aciertos y deseos. No comprendía por qué se tenía que desquitar contra nosotros como si no fuéramos nada en la vida. La sangre me hervía en cada momento porque no nos merecíamos semejante trato, en especial Érica y Leandro que siempre habían sido tan amables conmigo.

- Ama, no tienes que preocuparte por nada. Todos somos personas de duro trabajar, cada uno siempre dará lo mejor de sí en lo concerniente a presentar la casa de forma magnífica para usted - logró decir Leandro. Su porte tan magnífico y amable como siempre. Sus manos cubiertas con los guantes tenían un ligero polvo. Debía haber estado limpiando el salón de baile, en la parte trasera de la casa. Se notaba que se había detenido en plena faena para venir a hablar con nosotros.

- Más les vale. No quiero ni una sola mota de polvo, ni un solo adorno mal colocado.

Apretó los labios en una mueca. Era igual a los demonios de las leyendas. Hermosa, aparentemente pura, pero con una energía sexual contenida detrás de una capa de discordia. No había nada allí lo suficientemente bello para considerarla fuera de su sexo.

Los cuatro asentimos. La mano de Baco se me había clavado en el brazo.

- Está bien, ama -se animó a decir Érica con su rostro redondo lleno de dulzura y emociones

contenidas. Ante ella, Franchesca suavizó el gesto. Se notaba que no iba a causar ningún tipo de enojos a ella, que la apreciaba y quería como no nos quería a los demás.

Mirando a Baco le dijo:

- Tú, no te quiero ver ni por asomo cerca de los invitados. Tomarás las tareas detrás de la cortina, por así decirlo. Nada de interacciones, nada de conversaciones demasiado profundas. Sé que no puedes hablar, pero no te quiero ver haciendo el ridículo con nadie.

Chasqueó los dedos para indicarle que se marchara. Baco se apresuró a seguir las órdenes. Quería irse de allí más rápido que ninguno de nosotros. Era evidente que se sentiría más aliviado así. No tendría que escuchar las risas malintencionadas de los hombres, ni tener que soportar regaños de las mujeres. Lo envidié un poco, sin duda. Yo también quería alejarme cientos de metros de Franchesca y de todo el desagradable combo que seguro iría en las noches de la fiesta.

- Bien, ya que nos ocupamos de eso, dividiré las tareas entre cada uno. Espero que puedan con todo. Y si tienen alguna duda, por favor háganla saber antes del día de la fiesta. Quiero que sea perfecto todo, incluso si eso significa que deban correr a último minuto para encontrar algo.

Y sin más, nos entregó una lista a cada uno. La mía, sin ser sorpresa, más larga que la de los demás. Suspiré al ver todo lo que me tocaba, antes de irme a mi primera estación en el jardín.

Mientras Leandro buscaba las mangueras para limpiar los sitios de tierra que había dejado el jardinero me permití pensar en los acontecimientos de la tarde. Me acordaba de la alegría de despertar. El trecho entre mi habitación y la comida del desayuno, tan agradable y familiar como hacía tiempo no la sentía. Ahora me encontraba atrapada en una de las peores situaciones para mí, todo porque mi jefe no podía controlar sus manos ni su libido. Suspiré. Mi madre siempre decía que las cosas debían ir mal antes de poder ir bien, pero es que en estos momentos estaba exagerando todo. Al menos, tenía tres nuevos amigos que me iban a ayudar en esta transición.

- Coloca las mangueras en los caminos de concreto, abriré un poco de agua para que los caminos

se llenen y se rieguen todos.

- Vale.

El jardín estaba lleno de bellas flores. Incluso en este invierno tan terrible podría observar ligeros capullos por aquí y por allá, impacientes de la primavera que llegaría en unos meses. Lo que más me gustaba del sitio era la forma rectangular del conjunto de flores. Cada una poseía su propio espacio, divididas en colores y en clases. Se notaba que la persona que se encargaba de ello estaba encantada con su trabajo.

- Emma, querida, deja de mirar las nubes y ayúdame con esto.

El gesto cansado de Leandro me sorprendió. A veces olvidaba que era un señor ya mayor, seguramente agotado por los años de servicio que llevaba encima. Asentí, acercándome con las mangueras en el sitio indicado.

No me pregunten qué sentido tenía hacer eso pero Leandro sólo me dijo que eran las órdenes de la dama y eso me bastó para entender que no debía esperar ningún tipo de lógica.

Los días pasaron poco a poco, entre cicatrices, dolores de espalda y de manos, además de continuas correrías por toda la casa. Puedo decir sin caer en mentiras, que estuve en cada una de las habitaciones del hogar, en cada rincón que encontraba para limpiar los desastres de una familia que no se había preocupado por esa casa hasta hacía bien poco.

Llegar a mi habitación en la noche era un alivio que duraba más bien poco, dormir se volvió la única actividad de descanso que tenía.

A Tomás no le había vuelto a ver desde el incidente. No le vi en la cena y tampoco lo vi en la mañana del día siguiente. Parecía estarme evitando, aunque yo no iba a intentar nada nuevo con él. Tenía un gran aprecio por mi nueva vida. No quería arruinarla de forma consciente. Mis ojos brillaban algunas noches al recordar el contacto de sus labios contra los míos, el roce de su piel contra mi piel.

Menos mal que por el trabajo desviaba mi mente de todo lo que no fuera él. Era un amante pernicioso, caprichoso y bastante exigente. Mis manos bien lo sabían, heridas como estuvieron más de una vez por la cantidad de veces que tuve que utilizarlas esos días.

Peor aún, debía encontrarme con la ama por diversos factores a tratar. Uno de ellos, el más importante a su parecer, era la manera en la que debía presentarme ante ella todos los días. Limpia, bien vestida y lista para trabajar con fervor.

No volvió a mencionar a Tomás, eso sí, ya que creo que lo tenía como mi aliado y protector en la casa. Ni siquiera ella como esposa legítima se atrevía a ir en falso de los deseos del hombre. En esos momentos no me extrañó, pero era algo extraño que su complicidad no llegara más allá de ciertas bromas de pasillo.

Pronto me enteraría sobre la verdad tras la relación de esos dos.

FESTEJOS

El gran día llegó mucho antes de lo que alguno de nosotros pudo aspirar. Entre montones de correrías, gritos de sorpresa y agotadoras jornadas de trabajo. Mis brazos ya estaban agotados de limpiar polvo, de tener que cargar pesados objetos de un lado a otro de la casa. Más de un par de veces tuve que ir a la cocina en horas de la noche para colocarme la compresa de hielo en los brazos. De verdad que el dolor podía a veces más que yo.

Las decoraciones habían sido las más difíciles de colocar. Varias veces tuve que colgarme de alguna de las escaleras, mientras Baco me sostenía con firmeza para evitar mi caída al piso. Él me pasaba la decoración, siempre con su gran sonrisa, y luego esperaba paciente a que yo asegurara los objetos. De la limpieza de las ventanas se encargaba él, fuerte y joven suficiente para montarse en cualquier sitio sin tener miedo a caerse al suelo.

Los resultados nos dejaron satisfechos a todos los miembros de la servidumbre. Finalmente solo cuatro horas antes de que llegaran los invitados la cocinera me dejó ir a comenzar a prepararme. El aroma a comida empezaba a marearme, así como ver los succulentos platos que no podríamos comer hasta después de que acabara la celebración. Al menos me habían dado de comer un delicioso sándwich de pavo para mantenerme alerta y llena de energía.

Suspiré al abrir la puerta de mi cuarto, el agotamiento de las últimas horas caía sobre mi espalda como un yunque. La tentación de quedarme a dormir me estaba superando poco a poco cuando, quizás por mis defensas bajas, las imágenes de lo sucedido en el ático llegaron a mí con la fuerza de un tren a gran velocidad.

Los labios de Tomás contra los míos, la textura de sus labios, de su barba de media tarde. La calidez de su cuerpo envolviéndome sin problemas, la forma en la que acarició mi cintura de una forma bastante experta, como si lo deseara más que muchas cosas.

El calor volvió a mi rostro, mi respiración agitada en cuanto me levanté de nuevo. Golpeé mi propio rostro un par de veces. No podía estar pensando en eso, en esos momentos. Debía concentrarme en la fiesta, además que no podía simplemente entregarme a un hombre casado, que me pagaba bien y que, pese a ser muy guapo, me había tratado mal hasta ese momento. No, no. Mejor me iba a duchar.

Las siguientes horas fueron una lucha entre mis pensamientos sobre Tomás, mis buenas memorias sobre las implicaciones del mundo si me entregaba a él, las vidas de cada uno de los que irían y el vino que Baco me enseñó tenía guardado para la comida de los sirvientes. Gracias a mis constantes peleas, las imágenes de Tomás desaparecieron de mi mente por el momento. Sin embargo, su presencia seguía allí, en la parte trasera de mi mente, esperando volver a aparecer con sus caricias y besos dulces.

A dos horas de la llegada del primer invitado, un toque tímido se escuchó en mi puerta.

- Voy, voy -exclamé mientras, con cuidado, colocaba la enruladora caliente en la mesa de tal manera que no quemara la superficie-. Será mejor que no sea algo de último minuto. No me he terminado de arreglar.

Al abrir me encontré los severos ojos de Leandro y mis protestas se desvanecieron en el aire. Sonreí como pude. Leandro siempre me intimidaba demasiado, quizás fuera por la manera en la que miraba a todos. Sin pedirme permiso, entró.

- Vengo a inspeccionar tu apariencia para la fiesta.

Sin esperar mi opinión al respecto, empezó a observarme de arriba a abajo. Asentía, murmuraba y negaba sin que algo llegara a mí. Suspiré. Las excentricidades de esa familia todavía eran difíciles, pero al menos podía comprender que eran producto de costumbres adquiridas.

Reí para mis adentros cuando Leandro tosió. Me preguntaba a veces si en algún momento de la semana sonreía sólo por el placer de hacerlo. Lo dudaba mucho y admito que se me hacía

imposible de vislumbrar.

- ¿Estoy tan mal?

- No. Me sorprende más bien lo bien que luces.

- Claro que sí, con maquillaje todo el mundo se ve mejor.

- Termina de arreglar tu cabello y baja. Aún debemos repasar unos detalles antes de la cena, en especial lo que tiene que ver con la etiqueta. La ama desea que estés recibiendo a los invitados en la puerta.

Asentí y esperé a que saliera para ponerme a arreglar mis cabellos. La idea de ser la primera persona que veían todos esos tipos se me hacía algo pesada, pero al menos nada podía salir mal si Tomás estaba en la casa y Leandro estaba supervisando. Esos dos parecían estar hechos para mandar.

El agarre firme de Tomás me había demostrado que no era un hombre que no estaba satisfecho con menos de lo que deseaba. Y yo, por accidente, me había convertido en su nuevo objetivo. De las siguientes dos horas no puedo hablar demasiado. Pasaron tantas cosas en tan pocos minutos que lo último que recuerdo es haber apagado la enrutadora, tomar el gorrito de navidad que nos habían mandado a colocar. Además, recuerdo haber cerrado bien la puerta, por si acaso la fiesta enloquecía demasiado. No quería encontrar a nadie allí. Ni siquiera la idea de que tuviéramos invitados de las más altas esferas me calmaba, había gente mala y desubicada en todos lados.

Las siguientes dos horas estuvieron llenas de prácticas sobre cómo debía sostener la bandeja de bebidas, cómo evitar que la capa se abriera demasiado y cómo debía hablar con cada una de las personas que entraban, dependiendo del rango, de la afiliación, entre otras. No sé cuántas veces repetí las mismas palabras, cuántas vueltas giré sobre mí hasta evitar que la capa se abriera y mostrara mi uniforme.

Es que no había nada malo con él, nada. Lo que sucedía es que la falda era muy corta. Por mi

descripción física y mi manera de ser, mis amos habían imaginado que sería una chica de altura más bien baja, con algo de pecho o con mejor apariencia, así que habían enviado a hacer el uniforme para una persona pequeña. Como resultado las ropas estaban bien colocadas en mi pecho, pero mis piernas asomaban largas en su totalidad. Ni siquiera el uso de botas altas podía impedir que yo luciera piel.

La cuestión no había caído bien a mi ama, en especial tras percibir la mirada que Tomás me lanzaba al pasar junto a él de camino a la entrada. Ahora bien, tenía una capa bastante larga que cubría la totalidad de mi cuerpo hasta el inicio de las botas. No me hacía lucir mal y, a decir verdad, la noche era tan fría que casi lo prefería así.

Tomás, por supuesto, no parecía tan satisfecho. Me lanzaba miradas, incluso a través de la ventana que daba a la entrada. No sé cuanto tiempo permaneció allí, lo que sí sé es que cuando apareció el primer auto y volteé a ver a Tomás, su figura ya había desaparecido. No podía admitir que me sentía algo decepcionada, así que me concentré de nuevo en el trabajo que tenía adelante. Mis problemas de relación con mi señor podían esperar unos días más, quizás incluso toda la vida que invirtiera entre esos muros.

Debo decir, sin temer pecar de poco humilde, que mi papel en la puerta fue un éxito. No sólo logré hacer sentir a los invitados como en casa, sino que estaba afuera en mi clima preferido, pude tomar una copa de champagne para evitar enfriarme demasiado y, por si fuera poco, parecía que mi presencia en la casa se estaba considerando una buena adquisición para el lugar.

- Menuda chica guapa se guardan los Vells.

- Este año de verdad buscaron superar todas las expectativas.

Eran orgullos más bien tontos. La fiesta empezó sólo porque Franchescha se movía con gracia por toda la habitación. Desde allí, si me esforzaba, podía distinguir su figura en el centro del gran salón. El vestido rojo que utilizaba era hermoso, casi tanto como ella.

Esperaba que con esta actuación lograra perdonarme por la extraña atracción que parecía sentir su esposo por mí.

- Ya casi podrás entrar -me informó Leandro mientras se llevaba la bandeja ya vacía de las copas-. El resto de los invitados deberá llegar a la hora de la cena, si es que vienen. Hay menos que el año pasado, así que no comentes nada.

Asentí, algo cansada, aunque ya me parecía que había un montón de personas. ¿Qué más podrían querer? Había recibido a más de setenta personas de forma seguida.

Suspiré cuando me quedé sola. El paisaje afuera era muy hermoso. En algún punto de la noche había nevado y los campos verdes pálido ahora eran blancos. Era como una postal de navidad, pero real y palpable. El frío del sitio se contrarrestaba bien con el calor a mi espalda. Bajé la cabeza y suspiré otra vez. De verdad me encontraba cansada. Ya quería llegar a mi cama esa noche y dormir al menos unas horas de más.

- Emma.

- Voy enseguida.

Miré una última vez el campo antes de entrar, la puerta cerrándose sin sonido detrás de mí.

Allí, el murmullo de los villancicos era muy fuerte, junto a las conversaciones y risas. La música estaba animada, las parejas hermosas y de una finura increíble. Me sentí de nuevo bien al entrar. Leandro se encontraba atendiendo a algunos invitados, los mayordomos a contrato paseándose con bandejas por el sitio. Baco no se encontraba por ninguna parte y luego recordé que le habían encargado el puesto de vigilancia de los autos. Claro, igual que con el mío.

Sin querer trabajar por el momento, me escabullí hasta una de las esquinas. La fiesta estaba en su punto más alto. Me extrañé mucho al no ver a Franchesca allí, ahora que me fijaba en la presencia de Tomás al otro lado de la habitación. La belleza de su perfil era maravillosa, sus cabellos naranja elegantes y bien peinados.

Vlteó a verme. Sus ojos brillaron. Lo escuché pedir disculpas a las personas con las que conversaba.

Antes de darle tiempo de algo me apresuré a huir de allí. Pasé cerca de Leandro comentando que la ama me había pedido buscarle unos pendientes que había comprado. Sin darle tiempo a más interrogaciones me deslicé entre los invitados y subí a las habitaciones superiores. Suspiré en cuanto me perdí de vista.

- ¡Sí, oh, sí! ¡Lo haces tan bien! -escuché.

Mis pies se paralizaron al percibir un sonido claro. El golpe de piel contra piel, los quejidos de la cama y los suspiros de una voz femenina me guiaron hasta la habitación principal.

Por la rendija por la que se escapaban los gritos, una visión me dejó paralizada. La espesa cabellera negra de mi ama caía sobre sus hombros, su cuerpo moviéndose sin cesar sobre otro. Por los quejidos de la cama me daba cuenta bien de lo que sucedía.

Di un paso atrás queriendo huir y escapar lo más lejos posible, cuando me choqué contra algo duro y firme.

Giré y me encontré con el rostro enfurecido y rojo de mi amo Tomás.

Antes de que Tomás pudiera empujarme me aparté a un lado y vi como abría la puerta como un toro embravecido. Los músculos de su cuello estaban tensos, una vena palpitaba. No esperaba que conocer la verdad lo alterara de esa manera. Según parecía, la atracción que él sentía por mí era meramente física. En la mueca lastimada que desapareció a través de la puerta pude observar un dolor más profundo que el océano.

Los gritos no se hicieron esperar. Podía escuchar las recriminaciones y sabía bien que, de todas, yo no debería estar allí parada, escuchando asuntos que nada que ver tenían conmigo, pero simplemente tampoco podía irme. Como la fuerza que atrae a todos los morbosos, cumplí exactamente la idea contraria de lo que pensaba hacer. Si hubiera podido detenerme ahora, creo

que no lo haría.

Mis pasos me llevaron adentro del cuarto, donde una escena de lo más normal sucedía. Normal en el sentido de que, probablemente, esa escena se había repetido miles de veces, en muchos lugares distintos y con diferentes finales. Sentí miedo, en parte. Quería quedarme también para ser testigo de cualquier acto violento. Era imposible luchar contra la sensación.

Tomás estaba junto a la cama gritando incoherencias. Su gran altura lo era más, en especial frente a una mujer que, pese a su enojo, seguía siendo una persona pequeña en varias formas. Sus manos se detenían para dar pequeños golpecitos en los brazos de Tomás, quien sólo atinaba a apartarla a cada momento. Sin poderlo evitar, mis ojos se movieron a la zona donde podía identificar el movimiento de una sombra.

El hombre, el amante de Franchesca se ponía la ropa como si nada fuera con él, como si le hubieran encontrado durmiendo o leyendo un libro. Su calma me causó escalofríos y que Tomás no le dijera nada me perturbaba más.

El hombre volteó a verme una vez estuvo vestido. Me quedé helada. Sonrió. Su rostro era igual al de mi jefe en todo sentido, desde su nariz hasta el tono de su cabello. Si no fuera por las marcas de edad, apenas distinguibles en su cabello, habría dicho que eran hermanos gemelos.

- Ya Tomás, las cosas no son tan graves como parecen, sólo nos estábamos divirtiendo.

- ¿¡Divertirse!?! ¡Tío, es mi mujer! ¡La mujer con la que me casé, que pensé me respetaba lo suficiente para disimular un poco de amor! ¡Y en nuestra cama!

Mi mente hizo un cortocircuito al escuchar eso. ¿Su tío? ¿Ese hombre era tan cercano así a Tomás?

- Si ella quiere estar con otros hombres, está en su total derecho. Que seas muy poco hombre no te da poder sobre los demás.

Tomás parecía a punto de matar a su familiar, pero Franchesca lo detuvo con un agarre a su brazo.

Mi rostro de sorpresa pareció divertir al hombre, quien apenas se pasó los dedos por el cabello para peinarlos, antes de salir. La calidez de su cuerpo me hizo estremecer, más aún el rostro de lobo que colocaba. Era en verdad la forma ideal de cualquier hombre. Pude sentir su mirada penetrante hasta que se alejó por el pasillo.

Franchesca me observaba como si deseara quitarme la cabeza en ese mismo instante. Recé a los cielos que por favor le hicieran entender que yo sólo estaba en medio de las circunstancias. No tenía interés en envolverme en ese juego de egos ni ese extraño triángulo amoroso. Ahora que no había nada que ver, era mejor marcharme por donde había venido.

- Emma, espera -la voz de Tomás retumbó en la sala más fría y exigente que nunca. Un escalofrío de temor me estremeció al pensar que podrían despedirme, cuando las cosas iban tan bien. Me detuve en el marco de la puerta, mi rostro sin demostrar la lucha de sentimientos y sensaciones que tenía por dentro.

Franchesca me miraba como si fuera un pulgoso perro al que hay que lavar.

- ¿Sí, señor?

- Por favor, no hables de esto con nadie. Tengo en ti mi mayor confianza.

Mi corazón se aceleró un montón al ver que, dentro de su lastimada situación, algo de respeto tenía por sus compromisos.

La respuesta de Franchesca no se hizo esperar, estaba hecha una furia. Incluso con la bata que había tomado, su cuerpo presentaba una excesiva voluptuosidad intoxicante. Era demasiado hermosa, pero tenía una mala personalidad. No podía simplemente perdonarla por estar dañando a Tomás quien, pese a sus errores, se había comportado de una forma correcta conmigo.

- Debes despedirla también. No puede estar más de un minuto en esta casa.

- La que no va a estar más de esta noche eres tú, Franchesca.

Su rostro perdió todo el brillo que tenía, su ceño fruncido y la máscara se transformó en la mayor de las sorpresas.

- No puedes simplemente echarme, no soy ninguna empleada. ¡Ésta también es mi casa, llevamos casi cinco años de casados, Tomás! ¡No puedes echarlo todo por la borda!

- No he sido yo quien lo ha arruinado. Sabes bien que puedes acostarte con otros, pero no aquí, y definitivamente no con él. Tienes hasta mañana para irte de nuevo con tus padres. Llamaré también a mi abogado.

Y sin decir más se acercó a mí en la puerta. Me hizo un gesto para que me marchara con él. Sin poder detener mis pies lo acompañé. Con una última mirada a la figura que parecía inclinarse, destruida por completo en la cama, me marché junto a mi amo quien, pese a su silencio, tenía un dolor muy grande por dentro.

Esperaba que, en unas horas, pudiera encontrar algo de consuelo. Sin embargo, deberíamos ir a la fiesta. Suspiré mucho mientras bajaba las escaleras detrás de él, llevando una caja de velas navideñas para disimular mi estadía tan larga en la parte superior de la casa.

Ojalá nunca hubiera subido.

Recibe Una Novela Romántica Gratis

Si quieres recibir una novela romántica gratis por nuestra cuenta, visita:

<http://www.librosnovelasromanticas.com/gratis>

Registra ahí tu correo electrónico y te la enviaremos cuanto antes.

DESCUBRIR

La fiesta prosiguió como si nada hubiera ocurrido en uno de los cuartos. Era increíble lo que el ser humano podía ignorar, aunque sucediera justo a unos metros de ellos. Ninguno de los invitados siquiera sospechó por qué Franchesca apareció tiempo después, ya que en verdad no eran amigos de ella. Eran apenas unos hombres y unas mujeres que se aprovechaban de la riqueza de su unión, para así tener algo de diversión extra en los días de vacaciones o cuando realizaran algún viaje a largo plazo.

No me costó nada escuchar los rumores alrededor de Franchesca ni los chismes que despertaba entre sus supuestos amigos. De no haber conocido su personalidad me habría dado lástima la posición en la que estaba. Incluso yo, sin ningún tipo de familia a la que amar, había conocido amigos invaluable en medio de la tragedia. Leandro, Baco y Érica eran personas a las que siempre llevaría cerca de mi alma. Ni que decir de María, quien por tantos años soportaba mis arranques de locura y mi vitalidad quizás demasiado alta.

Después de estar en la puerta me tocó ayudar a servir las comida en una de las cenas más aburridas de la historia. Las conversaciones iban y venían sobre los movimientos de la bolsa, los juegos de azar en los que algunos se encontraban atrapados y, en especial, las desgracias de la vida ajena. Eran los favoritos chismes, entre las comidillas sobre la ternura del pavo y la dulzura de los budines.

Luego de la cena vino la presentación de los bailes del lugar. Debido a que sólo debíamos repartir bebidas, de vez en cuando nos podíamos mover en la pista de baile con la gracilidad y el cariño de encontrar algo que hacer en medio de las horas. Franchesca y Tomás compartieron más de un baile, aunque yo conseguía notar la rigidez de cada uno de sus pasos y la manera odiosa, casi calculada, que Tomás tenía de escapar de los brazos de ella en cuando tenía oportunidad.

Finalmente el brindis final llegó a medianoche, justo después de las primeras despedidas oficiales de los invitados ya gordos de chismes, de emoción y de buena comida. Las mejores sonrisas entregamos a ellos, aunque la mayoría nos parecían simples insectos en la vida. Incluso con todo el dinero de sus cuerpos, con la debida decencia que deberían mostrar, nos sabíamos superiores a unos seres solo enamorados del dinero.

- Buen trabajo, todos, pueden retirarse a descansar. Mañana empezarán los arreglos y la limpieza general.

Sin embargo, me quedé un rato más ayudando a Érica a limpiar algunas ollas y remojar la cantidad de platos que tendríamos que colocar en el lavavajillas. Mis manos quedaron demasiado dolidas después de ello, así que me encontré en mi cuarto más temprano que tarde.

En cuanto caí a la cama tras una rápida ducha, me sentí en el cielo del cansancio que me dominaba. Mis manos no podían más y mis ojos, ya cerrándose por el esfuerzo, se abrieron apenas un poco al escuchar el toque de la puerta.

- Vale, vale, entra, pero no me pienso mover.

La puerta se abrió y una voz que me quitó todo el sueño me levantó al instante.

- Yo lo haré todo.

Allí, frente a mi habitación se encontraba mi amo Tomás con unas copas encima y la mirada encendida, caliente y fija en mí. Los siguientes minutos fueron un remolino de emociones, alegría y una sensualidad que no podría eliminarse de mi piel durante unos años más.

Sin que intercambiáramos palabras dejé que se colocara sobre mí y, finalmente, me diera un beso en los labios que nos encendió por completo. Éramos dos nuevos amantes en medio de una flama llena de errores, de misterio y de secretos que no podrían salir de los límites de la situación. Sus manos pronto se encontraron tomando mis manos, guiándolas a su propio cuerpo.

En su aliento podía sentir los restos de vino, así como su propia emoción de los toques y los besos

que pronto se encontraron en mi cuello. Mis jadeos se escuchaban con claridad, así que me cubrí los labios para evitar ser escuchada por los otros sirvientes, seguro ya dormidos o empezando a entrar en la primera faceta del sueño.

- Me pones demasiado... -susurró Tomás contra mi oído.

Abrí las piernas con lentitud. Mis propios deseos desatados como nunca habían sido liberados. Mi pijama era apenas una bata que no ocultaba ninguna de las curvas ni la piel que allí se encontraba. Era una de mis prendas preferidas, las que usualmente utilizaba cuando me encontraba demasiado cansada. La habitación era cálida por la calefacción, así que supe que ese frío se debía más bien a la temperatura alta de mi cuerpo.

Tomás se retiró la ropa y me ayudó a levantarme. Sin necesidad de conversar me indicó me sentara en la mesa de noche. Sonreí de forma traviesa y, sin poder evitarlo, me arranqué la tela con una sensualidad que no podía esperar ni contener por otro momento.

- Ya quiero penetrarte, joder, seguro estás apretada.

Las palabras sucias no me ofendían sino que eran un extraño halago para una mujer que estaba muy preocupada por su propio cuerpo. Me subí en uno de los puestos, tal cual me habían ordenado, dispuesta a seguir la diversión un poco más en caso de que me pudiera caer.

Tomás se agachó frente a mis rodillas, besándolas antes de deslizar sus pulgares bajo mi ropa interior y bajarla por completo. La sensación helada del sitio me excitó casi tanto como los besos que subieron hasta la entrepierna, lamiendo con suavidad el sitio ya húmedo por el jugueteo previo. No pude ocultar mi rostro emocionado ni la excitación.

Sin embargo, Tomás parecía más bien ido por un momento, como si de repente hubiera entrado en consciencia de los pasos que estaba tomando. En su mano sostuvo mi ropa interior por un instante, antes de olerla con el rostro más masculino que he visto en un hombre. Durante un rato, sólo realizó esa acción. En su entrepierna, una enorme erección se marcaba. Parecía en verdad más

emocionado que yo de hacer eso.

- Al parecer tenemos un chico malo entre nosotros -bromeé en voz baja.

- Este chico malo te hará sentir en el cielo, gatita.

Se acercó de nuevo poniéndose en pie para que mis piernas rodearan su cintura mientras nos besábamos. El sonido húmedo de nuestras bocas era obsceno, casi como si fuera uno de las succiones típicas de las máquinas.

Sin decir más me abrió las piernas para ayudarme a mantener la excitación. Me aseguré de que la entrepierna ajena ingresara con cuidado para que no me doliera nada lo que estaba haciendo. Mis manos se apretaron en mi regazo cuando la primera oleada de placer me tumbó uno de mis primeros bloqueos mentales. Era demasiado intenso más de lo que había pensado en principio.

Empezó a moverse tras unos segundos más de ajuste, sus manos bien ingresadas en medio de mi carne ardiente por el placer que me ahogaba. Si antes soltaba gemidos ahora lo que exclamaba eran gritos que pronto se molestó en bloquear con sus manos. El mueble hacía sonidos en cada embestida, su cuerpo fuerte y masculino contra el mío como mi único punto de apoyo.

En medio del placer me sostuvo entre sus brazos y, aunque no lo creía posible, la penetración se volvió más profunda. Por un instante, perdí la noción del arriba y el abajo y empecé a jadear como una mujer que experimenta la mejor experiencia de su vida.

Podía sentir como nuestras pieles chocaban, el sonido era obsceno e intenso. No se podía esperar menos de Tomás Vells, eso era seguro, pero tampoco lo esperaba así. Cuando me arrojó sobre la cama y continuó sus besos en mi pecho, en mi cuello, sin dejar de moverse, creía que me asfixiaba. No recordaba la última vez que alguien me había hecho sentir así, si es que alguna vez alguien se había tomado tantas molestias conmigo.

Sin embargo, así como pronto llegó el placer, pronto también se acabó. Mi cuerpo no resistía más y, en contra de mi propia resistencia, las puertas de mi placer se liberaron y me sentí sobrecogida

por tanto goce que creo haber empapado las cobijas. Tomás jadeó sobre mí, sobre lo apretada que estaba, y no resistió mucho más. Quizás en otras circunstancias, cuando estuviera más estable su sangre, podría durar más que yo.

Vi blanco por varios segundos, o minutos, antes de que el peso ajeno se apartara de mí. La humedad de mi cuerpo era completa, más de lo que podría haber imaginado y pronto me dejé atrapar por el sueño ya imposible de evitar.

En algún punto de la madrugada me desperté con frío en el cuerpo. Junto a mí, la forma de Tomás se encontraba ausente y mi propio calor no era suficiente para calentarme. Suspiré, evitando pensar en que su ausencia me dolía más de lo que podía poner en palabras, antes de girarme sobre mí misma y cubrirme con la cobija. Volví a dormirme con los restos de su aroma flotando a mi alrededor, mis sueños dulces por los recuerdos de lo que habíamos hecho en unos pocos minutos, ajenos a los demás.

Al día siguiente, justo a la hora del desayuno, Tomás exigió mi presencia en medio de su despacho, donde semanas antes nos habíamos conocido como los peores de los enemigos. Sin embargo, ya no era así. Lo que había pasado la noche anterior no se podía negar por el simple hecho de mantenerse lejos de los problemas que ese amorío nos traería a ambos.

Sin embargo, yo estaba segura que valía la pena. Lo que habíamos sentido entre los brazos del otro, aunque fuera por un instante, era innegable incluso para el más calmado de los seres humanos. Sus manos me habían acariciado con necesidad, sus labios encendidos contra los míos de una manera tan pasional que no podría quitarme el sabor de su boca hasta unos días después, de ser posible.

Por ello subí las escaleras con la emoción de una niña feliz llena de nuevas ilusiones. Mis manos tranquilas a la altura de mi regazo, mi frente fresca con ideas de alegrías y felicidad que seguramente sentiría de ahí en adelante. Así que, entre silbidos de mi ánimo arriba, llegué a los pasillos principales para doblar las esquinas, antes de seguir paso a paso para encontrarme con él

en el sitio adecuado.

Entre mis manos llevaba una bandeja con una taza de té, unas pastas frescas directas de las manos de Érica y algo de huevo cocido por las manos de Leandro, quien me había pedido unos minutos extras para llevarle los alimentos a Tomás, ya que iba a aprovechar su viaje para no tener que subir a hablar con su amo sobre los últimos acontecimientos.

Aunque había mantenido mi boca cerrada, no había nada que se le escapara a Leandro. Sus ojos me seguían a todos lados, incluso cuando creía que no podía verme, su presencia colgaba sobre mí como un fantasma. Era algo aterrador.

Reí un poco al pensarlo, empujé la puerta con la espalda y exclamé justo antes de mirar adentro.

- ¡Amo Tomás, su desayuno!

El rostro del hombre ni volteó a mirarme, sus ojos concentrados en una serie de papeles sobre el escritorio y el movimiento de su bolígrafo era hipnotizante por su movimiento continuo y poco problemático. La luz del día entraba detrás de él, sus cabellos naranjas brillaban como una estela de algún nuevo día. Mis manos estaban sujetas a la bandeja, a la expectativa que me indicara dónde colocar sus objetos de desayuno, ya que ninguna de las superficies estaba disponible.

Finalmente, el sonido del papel siendo rascado se detuvo. Estiró los brazos sobre su cabeza con sus manos muy agarrotadas por el continuo trabajo.

- Espera un momento para guardar todo esto.

Apenas me lanzó una mirada y empecé a ponerme algo nerviosa por su creciente indiferencia. ¿Acaso iba a ser despedida por haber aceptado sus avances? ¿Querría volver a repetirlo? ¿Me diría que estaba enfermo de algo contagioso y ahora yo también me encontraba infectada? Montones de ideas cruzaron mi cabeza mientras él tomaba algunas de las cosas y empezaba a guardarlas con calmada paciencia.

Cada uno de sus movimientos parecía calculado solo para torturarme. Desde la manera en la que

agarraba el tintero hasta la forma en la que acomodaba los papeles en silencio, clasificándolos según la urgencia de su propio corazón.

Cuando al fin asintió, satisfecho con el orden, me indicó con la mano que colocara los alimentos frente a él. Su rostro parecía extrañamente lleno de pensamientos oscuros, ajenos a mi persona. En silencio, cumplí lo que se me decía sin parecer demasiado preocupada, aunque por dentro me moría de miedo. Me había hecho tantas fantasías por solo una noche y ahora parecía que todos mis pensamientos me jugaban en contra.

Me senté en uno de los sofás delante de la biblioteca. Abrazaba la bandeja con extrema delicadeza, ajena a la manera en la que comía Tomás. Siempre era tan elegante, tan contenido dentro de sus propias ideas. A veces me costaba siquiera pensar que éramos cercanos y nos habíamos acostado.

Suspiré y, al parecer, mi sonido lo sorprendió con la guardia baja.

- ¿Qué te molesta? -preguntó mientras echaba algo de mantequilla a uno de los panes que le habían colocado. Sin esperar mi respuesta mordió su alimento con suavidad. Sus ojos no se apartaron de mí.

- Leandro me dijo que usted me llamaba, amo Tomás. Así que me pregunto la razón.

Mis labios sonrieron en una manera casi extraña. Me era imposible seguir fingiendo.

- Quería hablar contigo, pero no podía hablar sobre un asunto tan delicado sin poner algo entre nosotros. Después de todo, lo que ocurrió no es algo malo, pero estamos en una posición difícil y quiero empezar a evitar trabajos extras en mi vida.

- ¿Me va a despedir? Sólo me lo tiene que decir y ya, no quiero problemas extras tampoco, ya tengo demasiadas ocupaciones dentro de mi propia vida, gracias.

Me removí en el asiento, esperando la manera en la que acabaría con mi corta carrera como sirvienta de su casa. Tomás se limpió los labios en silencio echándose en la silla y tamborileando

poco a poco en el escritorio. Suspiré con suavidad.

- No, no voy a despedirte porque no quiero problemas. Además, estoy seguro que no volverá a suceder. Eres una mujer muy inteligente, eso lo aprecio en cualquier persona que esté cerca de mi círculo familiar. En especial cuando nos encontramos conviviendo bajo el mismo techo casi todo el día.

- Bien, me parece bien que no vuelva a pasar.

No pude ocultar mi irritación. Me sentía como uno de esos niños a los que les mienten para que trabajen en paz, para que no anden molestando con preguntas y otros fastidios. Cerré los ojos unos segundos para evitar que se formaran algunas lágrimas innecesarias.

- Bien, entonces tenemos un trato.

Suspiré buscando algo para desquitarme y, gracias al cielo, no me costó nada encontrarlo.

- ¿Cómo se encuentra su tío? Digo, seguro se encuentra cansado por toda la actividad de ayer.

Sonreí de una manera odiosa, de la forma en la que una mujer usa para desquitarse cuando ya no soporta las heridas de aquellos a su alrededor.

Sus manos se posicionaron sobre uno de los escritorios. La verdad es que crucé una de las líneas en cuanto terminé la frase. Se notaba en su rostro rojo de rabia que era uno de los peores temas para tocar cuando se encontraba tan encendido por la presión de un posible divorcio, un engaño en la misma cama donde solía dormir y, además, tener que enfrentar a una sirvienta con la lengua muy grande que creía saber de lo que hablaba.

- No vuelvas a mencionarlo de nuevo. Por favor, sal de mi oficina y ve a ocuparte de tus otras tareas. Te llamaré si necesito algo más.

Sin agregar nada más me puse en pie de un salto. Estaba entre confusa, enojada y preocupada, pero ya estaba un poco acostumbrada a tratar con Tomás y sus arranques. La verdad es que

también me sentía mejor tras haberle dicho esas cosas, quizás así se portara menos imbécil conmigo.

Suspiré al llegar a la puerta y, sin despedirme me aseguré de cerrarla con un azote lo suficiente fuerte para causarle irritación. Sonreí y volví a mis tareas del día, siempre huyendo de Franchesca y de Leandro.

EL COFRE

Después de acostarme con Tomás un montón de pensamientos habían cruzado por mi mente. Desde el momento en que había vuelto a mi habitación la emoción de la aventura se había hecho parte de mis huesos y mis entrañas. Todavía podía sentir su forma masculina contra mí, sus suspiros y sus besos sobre mi piel encendida. De verdad que esos minutos fueron los más interesantes de los últimos tiempos de mi vida.

El resto de la casa, en cambio, se la pasó en un trasteo. Los gritos y las peleas de Tomás y Franchesca se escuchaban a toda hora. No era uno de los mejores momentos para mostrar alegría, así que me cerré en mí y evité pensar que me evitaba en demasía, en especial cuando creía que algunos de nosotros habíamos tenido una conexión especial. Suspiré al pensar que muchas de esas ideas podían ser sólo desde mi perspectiva, en especial cuando apenas nos mirábamos.

Franchesca era como un demonio, pero ya Tomás no parecía estar dispuesto a seguirle el juego. Entre cada nuevo reclamo también se ocultaba un secreto dolor por la manera en la que Tomás la miraba, como si fuera menos que nadie, menos que una zorra o que cualquier animal salvaje. La rabia se sentía en cada insulto, en cada grito que resonaba por las paredes de la mansión.

Por supuesto cuando Tomás se marchaba a su trabajo quienes quedábamos éramos los sirvientes. Y vaya que Franchesca se tomaba cada momento para hacer el trabajo infernal.

Desde repetir la limpieza de una habitación hasta envíos a comprar cosas que no necesitaba, su actitud sólo se volvía más errática e histérica. No se me olvidaría como trató a Baco de inútil hasta que, enfurecido, Leandro se metió en medio de ambos y al fin le reclamó. Ese mismo día, Franchesca se marchó.

Fue el día jueves después de las fiestas. Debido a las pérdidas de tiempo de las actividades de Franchesca, nos encontramos atrasados en el cronograma de limpieza que, de forma tan elegante,

había organizado Leandro para nosotros.

Por lo tanto, en el día libre del amo Tomás nos asignó a cada uno una tarea específica que deberíamos adelantar poco a poco mientras nos encargábamos de los demás momentos de limpieza.

A Baco le asignó el garaje y los jardines. Le encantaba estar afuera y así no se ponía a dormir por las esquinas cálidas. A Érica le encargó la cocina y los baños. Era tan experta en ello que sin dudas lo terminaría casi de inmediato. A Leandro la supervisión de todo, como no era de extrañar en las condiciones en la que nos encontrábamos.

- Y a ti, Emma, te daré el ático. Debe estar listo para dentro de unas tres semanas, así que ve a tu ritmo.

Sin mirarme, se dio la vuelta y se dirigió escaleras arriba. Cada uno se dispersó a su lugar y, con un suspiro, subí las escaleras poco a poco hasta recorrer el mismo camino que ya conocía.

El ático seguía tan sucio y terrible como lo había visto la última vez. Las telarañas seguían más grandes que mi cabeza, los insectos caminando cerca de mis pies cuando agitaba demasiado alguna de las telas que debía lavar. Primero quería asegurarme de cuánto trabajo debía aplicar en las siguientes horas, la planificación que aplicaría para las siguientes semanas y varias de las actividades a hacer para mantener el lugar.

Primero me dispuse a apartar los suficientes muebles para empezar a limpiarlos parte por parte. Quería que el suelo fuera lo último a limpiar, ya que podía ver zonas donde la suciedad era tanta que una enorme mancha negra se había posicionado sobre la madera. La sola presencia me daba una mala espina. Quién sabe cuándo fue la última vez que alguien había limpiado eso, no me era posible saberlo. Era mejor que ninguno de los otros sirvientes me ayudara, no había demasiado espacio entre la cantidad de objetos para poder movernos con la tranquilidad que se necesitaba en estos casos.

Con cuidado empecé a deslizarme entre los muebles y los objetos que se encontraban alrededor de las ventanas cerradas. Me coloqué los guantes que había robado de la cocina. Me acerqué a los seguros para abrirlos poco a poco, mientras iba empujando más objetos lejos de las zonas de las que me ocuparía esa noche. Entre más tocaba las telas, los cofres y las cajas, más sucia me empezaba a sentir.

Después de terminar allí tendría que ducharme unas tres o cuatro veces para quitarme los restos de polvo que seguro tenía hasta dentro de la ropa interior. Era mejor ni pensarlo demasiado, al menos no mientras me encontraba con la suciedad encima.

Mis manos se acercaron a uno de los cuadros apoyados de un enorme cobre negro. La pintura era muy hermosa, a óleo, protegido por un plástico que distorsionaba la imagen. Sin embargo, los colores eran bastante atractivos, incluso podía notar los rasgos de la persona allí dibujada. El rostro era muy parecido a Tomás, así que podía ser uno de los antepasados del hombre sin ningún problema. Quizás incluso su padre.

Curiosa me incliné a ver con los ojos entrecerrados. Tanto fue mi apoyo que sentí que mi cuerpo se iba hacia adelante. Para evitar romper el cuadro automáticamente me incliné a un lado. Golpeé otro de los cofres con mi hombro. Adolorida, apenas me pude poner de pie entre quejidos.

Un sonido me hizo saltar en mi sitio y, para mi sorpresa, el cofre se abrió con lentitud. Al parecer mi golpe había logrado romper el seguro mohoso por el tiempo y el descuido. Frente mí, en el piso, los restos del seguro brillaban en la oscuridad interrumpida por los rayos de luz que entraban por las rendijas de las ventanas.

Todavía con el corazón a mil me acerqué al cofre con la mirada brillante por la curiosidad. De verdad que, en ese sitio había muchas cosas curiosas para cualquiera que no pudiera resistirse. Con el sonido de las actividades de limpieza en el jardín me incliné sobre la tapa abierta para empezar mi exploración.

No me preocupaba nada que me descubrieran. En ese sitio no había cámaras y algo me decía que

Tomás no tenía ni idea de la cantidad de cosas que tenía.

Para mi decepción solo había unos papeles de color ya amarillento por los años, un montón de películas viejas y álbumes de fotografías. Suspiré, pensando que era mejor que nada y, ya que me había ensuciado las piernas, no perdía nada con verificar los objetos. Quizás encontrara algo vergonzoso de Tomás que me sacaría unas risas necesarias para mi alma molesta con la vida.

En cuanto tomé uno de los papeles y empecé a descifrar las palabras allí escritas mi corazón se encogió. Mi garganta se secó y empecé a tragar con lentitud.

Tomás Vells padre deja como legítimo heredero a Tomás Vells hijo, con la exclusividad de todas las herencias y productos de las empresas, negocios e inversiones a nombre de la empresa familiar.

¿Qué era eso? ¿No era el tío de Tomás el verdadero heredero de todas las actividades? Tragué lo mejor que pude incapaz de concentrarme en los papeles más tiempo. Con cuidado, los coloqué en una pila. Intenté que no se ensuciaran, ya que consideraba que pronto necesitaría mostrarle eso a alguien más.

Después seguí con los álbumes de fotografía y comprendí parte de las razones por las cuales Tomás no quería saber nada de su tío ni de la herencia. Podía ver fotografías de Tomás de niño, con personas peligrosas en medio de situaciones normales. De salir ello, los fondos de la compañía se verían seriamente afectados y el trabajo de años, de décadas, se perdería de un solo golpe. Además, encontré un par más de imágenes que parecían hechas con la sola razón de avergonzar a Tomás hasta que no pudiera respirar.

La furia llenó mi interior y no pude evitar ponerme en pie con los objetos, enojada con la vida y con la injusticia. Sin pensarlo, tomé todo lo que había encontrado, al menos los papeles, y corrí hasta encontrar las escaleras que llevaban abajo. Necesitaba encontrar a Tomás, hablar con él y ofrecer mi ayuda por medio de ese descubrimiento.

Suspiré lo mejor que pude sin acordarme de cerrar la puerta del ático ni prestar atención a las actividades que tendría el resto del día. Eso era mucho más importante.

Fui corriendo a ver a Tomás con los papeles en la mano. Si lo que allí decía era cierto el tío de Tomás lo habría estado chantajeado por los últimos cinco años.

Ignoré la mirada de Leandro cuando pasé corriendo cerca de él, tan cerca que temí chocarlo y tener que explicar adonde iba. Sabía que sería regañada hasta que perdiera el coraje de hablar con Tomás y volvería a colocar los papeles donde iban, para ser olvidados hasta muchos años después.

Aún limpiábamos los restos de la fiesta, así que estábamos muy ocupados todavía para arreglar cualquier otro detalle. Baco estaba encargándose de limpiar el garaje, la cocina ya estaba lista y los salones, incluyendo las habitaciones de invitados, todavía estaban en proceso por mí y Leandro. Sabía que estaba perdiendo el tiempo.

- Emma, necesito...

- ¡No tengo tiempo, el amo me pidió ayudarlo a limpiar la oficina! -exclamé con la voz alterada por la urgencia. Corrí como un rayo hasta abajo, como si no supiera que la oficina estaba arriba. Sin embargo, el amo se encontraba a esas horas caminando por el jardín en medio de las nevadas. Los últimos días, ese hábito era cada vez más marcado.

Corrí por los caminos asfaltados y las preocupaciones empezaron a crecer dentro de mí de nuevo. Los papeles estaban dentro de mi ropa, seguros de cualquier tipo de daño por el ambiente. Seguí firme en mi camino hasta encontrar la figura grande y alta de un hombre en abrigo marrón. Los cabellos pelirrojos resaltaban contra los rayos blancos de la nieve.

- ¡Amo Tomás! ¡Debo hablar contigo lo más pronto posible!

Su rostro parecía algo interesado en lo que yo tenía por decir. Nos detuvimos, uno frente al otro, en uno de los bancos alrededor de las múltiples fuentes de agua apagadas por la estación y el

tiempo. A nuestro alrededor había vaho suficiente para mantenernos en la oscuridad de nuestros propios rostros.

- ¿Qué es lo que quieres, Emma? Estoy ya lo suficiente cansado para también tenerme que preocupar por cualquiera de tus preguntas.

De mi chaqueta saqué los papeles y, antes de que pudiera siquiera decir algo, Tomás lanzó su mano a ellos y los arrojó por el aire. El viento se llenó de papeles que, al caer en la nieve, se empaparon tanto que las letras se emborronaron ante mis ojos. Le miré con la duda en la mirada y él, más frío que la piedra más nueva, me miró de vuelta. En sus ojos solo se sentía la oscuridad de la rabia.

- ¿Qué es lo que sucede contigo, Tomás? ¡Allí está la posibilidad de tu venganza!

Mi incredulidad subió por mi voz a medida que los segundos pasaban. No podía comprender por qué Tomás lucía molesto conmigo, como si yo fuera culpable de su desgracia.

- ¡Nadie te pidió ayudarme, Emma! ¡Nadie te dijo que debías meter tu rostro en esto, joder!

- ¡Pero si te está robando! ¡Es evidente que el testamento de tus padres fue alterado y por eso no puedes acceder a la fortuna con libertad! ¡Además, los vídeos de cuando eras niño y te golpeaba!

- ¡Te callas la puta boca, Emma! ¡Eso no tiene nada que ver contigo!

Sin controlarse me empujó con el impulso de su fuerza y me vi tirada en el piso, mis manos temblando en la nieve mientras se alejaba en dirección a la mansión.

Sin perder el impulso me puse en pie con ambas manos y un ligero salto. Cómo logré evitar caerme sigue siendo un misterio para mí, ya que mis pocas energías se habían desvanecido con el impulso de esa mano y la limpieza de los días anteriores. Creo que fue la rabia del momento, de verme humillada de esa manera por realizar algo que a mí me parecía correcto.

Salté detrás de él y grité sin poder evitarlo.

- ¡No seas cobarde, joder!

Me miró con suavidad.

- ¿Estás bien?

Sus manos temblaban un poco, podía verlo en medio de la bruma de mi propio dolor. Sin embargo, esta vez no respondí y me levanté cuando extendió su mano hacia mí. Ignoré por completo su ayuda.

Le observé con rabia y se encogió ante mí, ya no como un hombre orgulloso y tirano sino herido por la actitud que había tomado y su ofensa hacia mí. Sin embargo, mi corazón se había encogido contra mis costillas en un gesto de humillación y dolor. De verdad, el golpe no era tanto como la vaga emoción de verme herida emocionalmente. Me había mentido a mí misma al pensar que de él no recibiría heridas.

- No voy a seguir trabajando para usted, señor Vells.

Su rostro adquirió la misma tonalidad de la nieve.

- ¿Qué...? ¡No, el contrato!

Aunque me alejé de él unos metros me sostuvo de la muñeca con fuerza y me llevó ante él. Una oleada de pánico me dominó. Era demasiado fuerte, aunque tuviéramos una altura bastante cercana.

- Si te vas en estos momentos romperás el contrato y no podrás encontrar trabajo hasta que te reasignen en otro lugar. Debes quedarte.

La urgencia de su tono me repugnó. No entendía las contradicciones de su persona ni la manera en la que debía controlar todo para mantenerse feliz. En esa complejidad me sentía ahogada. No podía ayudar a nadie mientras yo misma empezaba a sentir rechazo por él, al mismo tiempo que compasión y un deseo intenso que quemaba mi alma.

- ¡Me vale, no quiero saber nada de ti ni de esta casa! ¡Estoy harta! Quiero volver a casa, al menos allí sí pelean por aquello que desean las personas.

Aparté mi muñeca de un golpe y empecé a correr de nuevo sin siquiera voltear a verlo. Sus pasos tampoco me siguieron, así que por lo menos pude correr sin sentirme asustada o temer que volviera a ser el objetivo de un ataque de rabia.

Mis pies me guiaron pronto al garaje no tan lejos de allí. Era un lugar muy hermoso, pero no tenía ganas de detallar las nuevas formas de la escarcha ni del buen trabajo de Baco en el camino sino que entré sin siquiera ver por dónde iba, busqué mis llaves y me senté dentro del auto.

Baco no estaba por allí y lo agradecí de corazón. No podía enfrentarme a él con la verdad. Esperé que el auto se calentara lo suficiente, ajusté los vidrios y me acostumbré de nuevo a mis manos en el volante. Después, simplemente me fui por donde había venido.

HUIDA

Corrí como si un demonio estuviera persiguiéndome en medio de ese campo inmenso que se encontraba a mi alrededor. Desde hacía días tenía el mismo sueño de que debía volver junto a Tomás para encontrarme con él.

Desde mi salida tempestuosa por la puerta delantera del desempleo, mi hogar lucía más pequeño de lo que era. No era el sitio más sensual, mucho menos un lugar apreciable. Los recuerdos de mi madre seguían en el ambiente, pero no eran tan intensos como podría imaginar.

No había llamado a María ya que esperaba que sus gritos a través del audífono fueran suficientes para hacerme volver corriendo a la casa y terminar mi parte del contrato. Humillarme me parecía mejor que admitir mi derrota frente a mis propios sentimientos nacidos de haber visto una parte sensible del alma de mi amo y señor, Tomás Vells.

La idea me había llenado de dudas increíbles. No quería encontrarme con él ni tampoco perderme en medio de las ideas de su mente, pero no estaba ajena a su dolor. Me encontraba identificada en su sufrimiento, en su propia molestia con la existencia de la vida. Era, entre los peores de mis temores, uno de los mayores: enamorarme de un cliente, de un imbécil que no haría más que partirme el corazón en miles de pedazos. De eso estaba segura, más de lo que podía imaginar en medio de mis propias manos.

Una llamada me había llegado desde la casa, poco antes de que mi hora de cenar llegara. Sentí desde lo más profundo de mi alma al comprender el peligro en el que se encontraba Tomás.

Era Leandro quien por primera vez había olvidado su propia seguridad por el miedo de un comportamiento amargo. En el fondo pude escuchar gritos, cosas rompiéndose y miles de confusiones más.

- Estoy lista en seguida.

Mis manos temblaban incapaz de seguir un momento más en la hora en la que me encontraba. El hambre se había desvanecido de mi cuerpo cuando al fin tuve el valor de bajar a mi auto para prepararme a marchar a la casa del terror a enfrentar los presentimientos que se habían afianzado dentro de mi corazón ahora que estaba segura que algo andaba mal.

Mis manos no se detuvieron sino hasta que aceleré el auto. Los caminos estaban llenos de baches, pero fue muy fácil de evadir cualquier tipo de problemas dentro de la carretera.

De inmediato alcancé la reja de la casa y me di cuenta que algo malo sucedía. No fue tanto por la ausencia de luces y la reja entreabierta sino porque vi como el auto de Leandro salía de allí como un bólido. Aunque había oscuridad pude identificar tres figuras dentro. Mi estómago se encogió. Nadie me tenía que decir quienes eran. Era evidente que no podían controlar lo que había sucedido en la casa, lo peor es que ninguno de los tres era culpable de los ataques de rabia de Tomás.

En cuanto llegué a la entrada principal detuve el auto y salté a la puerta. Estaba abierta pero la corriente de aire caliente adentro me indicaba que todavía se encontraba habitada. Suspiré al pensar que Tomás debía estar en algún punto de la casa enojado con la vida.

Sin embargo, en cuanto llegué al vestíbulo, mis dudas se apagaron. Eso no era una zona de persona malcriada, eso era una zona de guerra recién iniciada. Cubrí mis labios con ambas manos, incapaz de registrar el tamaño del desastre que contemplaban mis ojos.

Cientos de miles de trozos de objetos se encontraban esparcidos. No era sólo las decoraciones sino también cuadros de muchísimos años de antigüedad.

Los restos de destrucción llegaban tan lejos como podía ver. Vidrio, cerámica, metal. Los gritos que había escuchado se debieron dar para evitar que Tomás rompiera algo de verdad valioso para la familia. Sin embargo, los esfuerzos eran en verdad vanos.

Suspiré y con extremo cuidado de no pisar ninguno de los trozos me dirigí a mi vieja habitación. Allí encontré todo tal cual lo había dejado.

Me cambié en silencio buscando mis guantes más gruesos para empezar a limpiar. En silencio, sin molestarme en buscar a Tomás, me dediqué en recoger todo. Con suma paciencia más de lo que yo creía poseer utilicé cada uno de mis conocimientos para mantener el sitio adecuado para volver a caminar.

No sé qué tanto tiempo pasé junto a los restos de objetos, pero sí recuerdo que, en algún punto, la figura de Tomás apareció a un lado y me miró un instante para volver por donde había venido. Su mal olor me mareó un segundo y necesité todo el control psicológico para evitar buscar la manguera y echarle toda el agua disponible.

Seguí trabajando, suspirando, pero ya con mejor ánimo. No podía creer que, en unos momentos, yo le cuidaría. Ese hombre orgulloso, ufano, que parecía creerse la última coca cola en el desierto, se dejaría proteger por mí. Al menos, por supuesto, durante un tiempo.

Me incliné a recoger los restos de madera. Menos mal que todavía no me había quitado los guantes. De lo contrario seguro me habría cortado como una idiota por querer salvar alguno de los objetos. Me acerqué a uno de los envases rotos, recogí de nuevo los restos y me dediqué a barrer las pequeñas motas de polvo y cerámica que dejó a lo largo del sitio.

Suspiré de nuevo agotada apenas llegaba. De verdad, ese hombre terminaría siendo mi destrucción. Bajé las escaleras que faltaban. Cargué primero una bolsa, luego la otra, para dejarlas justos en la zona de la basura. Después de ello, tras comprobar que no había nada sucio, me perdí entre los pasillos de la casa para llegar a la habitación de invitados que Tomás había estado utilizando.

- Quiero que nos bañemos juntos.

Mi petición hizo que abriera los ojos de par en par. Seguro pensaba que lo iba a tratar con el

mismo desprecio que él estaba dando a los otros. Sin embargo, ya no me consideraba una persona vengativa sino una que debía cuidarle para evitar que destruyera lo poco que le quedaba de existencia.

Tras unos minutos, asintió de manera mecánica.

- Los baños de invitados también son bastante grandes. No necesitaremos más.

De entre las sábanas olorosas a sudor, manchadas por vino y grasa, se deslizó fuera con la torpeza de un cisne con la pata rota. De verdad que verlo así era patético, por decir lo menos. No podía creer que un hombre así se hubiera dejado ir por la única razón de verse dejado por mí.

Tomás se desnudó. Era de verdad un cuerpo maravilloso el que tenía, aunque se veía que en los últimos días no se había puesto ninguno de los productos de limpieza usuales.

- ¿No te piensas quitar la ropa?

Suspiré al escuchar ello. Sé que había dicho para bañarnos juntos, pero en realidad quería que él se quitara la capa de suciedad de encima. Olía horrible.

- Vale, vale.

En medio del silencio pude notar su mirada. Sin embargo, no era como antes. Esta era insegura, incluso algo culpable por lo que había hecho. También presentí una especie de temor dentro de él, como si no pudiera creer mi regreso allí a la casa donde tanto odio había logrado sacar de mí.

Ante mis ojos, pude observar con claridad como el hombre se limpiaba de manera sensual con el jabón. No sé si lo estaba haciendo a propósito, pero decidí disfrutar el espectáculo lo mejor que pudiera mientras veía como mantenía su cuerpo. Desde sus brazos hasta sus pies, pasando por su trasero y espalda, cada centímetro se llenó de espuma.

De no haber estado tan irritada por su comportamiento sin duda me habría lanzado a besar su entrepierna. No me costó nada imaginar cómo la tomaría en mi boca ni en la manera en la que lo

ayudaría a limpiar.

Lo deseaba, de eso no podía escapar. Era una atracción fatal entre nosotros, algo que nos impedía actuar con cordura.

Sin seguir resistiendo la tentación me introduje en la ducha con el rostro lleno de ideas confusas. Mis manos fueron las primeras en entrar a la ducha, firmes contra la piel de Tomás.

- Déjame ayudarte a limpiarte. Eres de verdad un desastre andante.

Sus ánimos parecían por el suelo, ya que no respondió a mi toque y se veía indiferente lo cual era mejor para mí, por supuesto, pero no pude evitar decepcionarme por la falta de excitación por parte de Tomás.

- Gracias, Emma, siempre tan amable con los demás. Tú eres como Leandro y Érica, eres bastante buena con todos aunque los demás te traten mal. Espero no seguir haciéndote daño de aquí en adelante.

Aunque le estaba dando la espalda no podía evitar sonrojarme por la conversación tan íntima que estábamos teniendo, desnudos como nos habíamos encontrado en este mundo. Mi corazón se aceleró con fuerza como si no pudiera creer que estuviera de nuevo bajo su hechizo. Aunque no le miraba sabía que Tomás sentía lo mismo.

- Hice lo que tenía que hacer. Estás necesitado de ayuda, más de lo que normalmente un hombre de tu posición necesita, ya que usualmente estás libre de las heridas de los demás seres humanos. No podía dejarte sufriendo cuando me necesitas. Sé que lograste alejar a los otros pero no es porque sean menos que tú sino porque tenían miedo de que les hicieras daño.

- De verdad eres una mujer única, querida Emma. De las mejores, más dulces y con una voluntad de hierro, incluso contra idiotas egoístas como yo.

Sus ojos oscuros parecían como dos cuevas sin explorar, mirándome bajo el flequillo húmedo de sus cabellos rojos. Sentí mis piernas flaquear por la sola idea que, de ahora en más, los dos

tendríamos una relación de pareja que nos llevaría a experimentar los más maravillosos goces de la vida conjunta.

No me había dado cuenta hasta ese momento de lo hermoso que era, más allá de la sensualidad de su cuerpo y su forma, sino también de la delicada alma que parecía esconder. Era un hombre bueno, un hombre que de verdad valía la pena rescatar.

- Estás exagerando, como siempre, seguro ni siquiera puedes cuidarte a ti mismo cuando tenga que irme a trabajar.

Volví a darle la espalda, mis manos soltaron la esponja sin poder evitarlo. Me sentía débil, expuesta ante lo que podría desear Tomás.

La idea en realidad no me molestaba. Podría cuidarme, mientras yo me aseguraba que él mismo no cometiera otros problemas para los demás. Me es difícil comenzar a describir las emociones que sentí en ese momento, al darme cuenta que tenía la oportunidad de ser amada por un hombre que de verdad me encontraba atractiva, que se sentía conectado a mí de una manera especial.

- No pensé que volvería a verte, querida. De verdad agradezco tenerte otra vez conmigo. Te quiero.

Mi corazón fue flechado en ese momento con la habilidad de un cazador experto. No tendría manera de olvidarme de esa sensación de ningún modo—.

Con las manos temblando me di la vuelta para abrazarlo y perderme en el calor de su cuerpo. Lo que yo sentía no era sexual, ya me daba cuenta de ello. Era algo más profundo, algo más dulce y lleno de amor. Sí, amor, eso era lo que yo quería de él, más allá de su compañía o de la seguridad que me ofrecía. Deseaba que me amara como el sol ama a la tierra.

- También te quiero. No sé cómo sucedió, pero es real, más real que los fantasmas o que el aire que se necesita para respirar. Espero que no te canses de mí nunca.

- Mientras seas dulce y buena, como lo eres siempre, te seguiré queriendo hasta que la muerte nos

separe. Es mi promesa para ti, Emma. Querida Emma.

Aparté las lágrimas como pude de mis ojos. No esperaba que la situación me cautivara de esa manera.

Sin que pudiéramos esperar más se inclinó sobre mí y besó mis labios con la ternura de un hombre entregado a amar lo mejor que podía a cada uno de los seres a su alrededor. Era el beso de un hombre renacido, sin sexo ni pasión como muchos más podrían esperar. Era solo una conexión mágica entre nosotros.

Su corazón dio un salto contra mí, lo pude sentir al poner una mano en su pecho. Finalmente le susurré que le dejaría terminar de lavarse y me alejé para salir a vestirme. Tomás no me detuvo, él tampoco tenía ánimos.

Nos veríamos en la cena para poder sincerarnos y terminar de conversar sobre los asuntos en la mesa. De verdad quería olvidarme de todo ello, pero había que tomar el toro por los cuernos y evitarnos problemas a futuro. Sería maravilloso, aunque difícil. En nuestro futuro. Sí, el que no dejaríamos escapar de nuevo por nada del mundo.

En la cena no conversamos demasiado sobre los asuntos de amor, pero sí nos referimos a las tempestuosas exigencias de un futuro compartido. Además, mientras comíamos los restos de la cena que Érica había cocinado me informó sobre lo sucedido en los últimos tiempos con su tío. Me enteré de cómo el hombre se había encargado de hacer su infancia miserable, de que su corazón se había vuelto codicioso por la fortuna familiar. No me costó nada imaginar lo mucho que Tomás había sido herido. El dolor de su situación era nueva para mí.

Tras mucho deliberar logré que aceptara ir a la policía para acabar con esta situación de raíz.

AGRIO AMANECER

Una semana después de que se aclararan los lagos de la duda en torno a los misterios de otros años la vida renació entre la casa y el alma de Tomás. Su alegría se hacía visible desde la manera en la que sostenía la copa de vino hasta sus sonrisas abiertas, por fin sinceras, que no tenía miedo de mostrarme a cada momento. En el camino a casa, después de estar luchando contra los momentos del ambiente, me contó una de tantas cosas que le despertaba alegría. No pude evitar también ponerme feliz con él. Después de todo ya era demasiado sufrimiento el que habíamos pasado.

Me informaba que su tío estaba enfrentando cargos por extorsión y lavado de dinero, así como había logrado presentar sus propias pruebas por el asesinato de su padre, por lo que pronto veríamos nuevos desarrollos al respecto.

- Al final todas las cosas se solucionan de la mejor manera – dijo mientras se acercaba a la nevera para servirse algo de jugo. Silbaba, lo recuerdo, con la felicidad a flor de piel. Sus cabellos naranjas estaban más largos de lo normal, sus ojos brillantes como dos estrellas en la noche.

Me alegraba sobremanera la buena noticia. Significaba que no volveríamos a tener que tratar con él, que Tomás podría dormir de noche sin tener miedo de lo que podría suceder en las mañanas.

- ¿Eso significa que tendremos que quedarnos más tiempo por aquí?

No quería quedarme más tiempo en esa casa, demasiado grande para mi gusto. Incluso con las presencias tranquilizadoras de Leandro y de Baco, el lugar era demasiado frío para poder tener alguna vez la calidez de un verdadero hogar.

- Serán unas pocas semanas, lo prometo. Nos podemos ir a un hotel, si te molesta mucho estar aquí.

No estaba convencida y él lo sabía bien. La emoción del momento debió desvanecerse de mi

rostro casi al instante de comprender que seguiríamos allí donde tantas cosas malas le habían sucedido. Recuerdo bien como nos encontramos luego en la oscuridad, mis besos suaves contra la intensidad de sus propios deseos. Supo consolar mis propias preocupaciones.

En los siguientes días, nos ocupamos de todo lo relacionado a la siguiente vista más importante: la vista del divorcio. Tomás me había explicado que tenía un contrato pre marital, como siempre se hacía en su familia, pero no estaba seguro de que todo saldría como lo deseaba. Después de todo los matrimonios son únicos entre sí y cada uno está sometido a regulaciones distintas. Aunque esperaba que las cosas no tuvieran problemas.

Finalmente, tras dos semanas continuas de angustias y molestias el día del juicio por el divorcio llegó. Para evitar agitar los ánimos, se me ordenó permanecer afuera. Aunque irritada, no protesté, Leandro y Baco entrarían y se asegurarían que todo saliera en favor de Tomás. Me perdí en agradecimientos con ellos, siempre dispuestos a darnos una mano en época de crisis.

Así que lo vi, su cabello rojo alejándose cada vez más dentro de las puertas dobles del tribunal, sus ojos brillantes por la expectativa y los nervios. De verdad me sentía increíblemente mal, ridícula incluso, pero es que no podía apoyarlo y me dolía demasiado.

Habíamos quedado que me llamarían al salir ya que yo debía irme a un sitio cercano a comer o pasear para que no estuviera estorbando más de lo necesario. Sin embargo, nada más me senté en una de las sillas, me vi trabajando contra corriente de los buenos pensamientos y me puse en pie casi al instante. Apenas pagué el café que me llevaron a la mesa y me lo tomé tan rápido que me ardió la boca.

La mañana había pasado muy lenta para mí. Esperaba afuera de los Tribunales, sentada en una de las escaleras. El día era hermoso, brillante como pocos en esos días de invierno. Casi podría creerse que era la primavera de no ser por el halo gris que rodaba cada molécula de luz. El sonido de las ropas al moverse, la ligera cháchara de conversaciones sobre normas, reglas y otros detalles de casos. Abracé mis rodillas, los nervios de la espera consumía parte de mis

pensamientos.

¿Sería exitoso el proceso? ¿Habría que llenar papeles extra? El asunto del divorcio era malo en sí, pero también teníamos la cuestión del intento fallido de obtener la herencia y el abuso psicológico que había sufrido Tomás en las manos de su tío. No sé qué tipo de juez había autorizado los diferentes procedimientos en un mismo día, pero era una persona maligna.

Suspiré. La hora marcaba las dos de las tardes. Mi estómago tendría hambre de no ser por el miedo, la presión y la angustia de mi corazón. Para mí solo la idea de ver sufrir a Tomás por más tiempo era terrible.

Una sombra me cubrió por completo y cuando levanté los ojos lo vi allí, mirándome con los ojos entrecerrados y el cabello como una llamarada de fuego. Sus labios sonreían a más no poder.

- Así que aquí estabas. Pensé que habíamos quedado en que me esperarías en la cafetería, pequeña.

- ¡No podía esperar más! Tenía que estar lo más lejos posible, lo sé, pero es que la angustia pudo más que cualquier cosa. Sé que es una manera algo exagerada de llevar las cosas.

Mis manos temblaron cuando tomaron las suyas. Las sentí cálidas contra mis manos delgadas, tan frías que parecían hielo. Sin embargo, a él no parecía molestarle. Supongo que era simplemente la manera en la que mantenía su propia cabeza sobre sus hombros.

- ¿Cómo te fue? Espero que sean buenas noticias. No puedo esperar más, menuda angustia tengo.

Hizo una pausa antes de hablar con sus ojos fijos en los míos y una sonrisa que se amplió hasta que pude ver parte de sus dientes.

- Me concedieron el divorcio -exclamó.

Salté a sus brazos con fuerza. Sus besos impactaron en los sitios más delicados de mi cuello y mi rostro.

Pronto nos dirigimos al auto con nuestros pies apenas tocando el suelo de la velocidad con la que nos movíamos.

- Baco y Leandro volverán en unas horas. Van a aprovechar para comprar unas cosas para la cena de hoy.

Besó mis labios de nuevo, nuestras bocas ardientes por las ganas que nos teníamos. No hacíamos nada, al menos no hasta el final, desde la fecha fatal del descubrimiento del engaño y la muerte de la confianza de Tomás.

No había sido uno de los mejores sexos de la vida, lo debía admitir, pero al menos me había demostrado suficiente de él para saber que estaba ante un amante experimentado. Estaba emocionada por al fin dejarme llevar con toda la pasión de mi cuerpo y mis ansias. Tan solo la mera idea me provocaba escalofríos en todo el cuerpo.

- Te dejaré al frente de la casa. Ya nos veremos arriba, en la habitación matrimonial.

Eso me sorprendió. Habíamos quedado en no entrar a esa parte de la casa para evitar hacerle más daño. Parecía que las ganas eran más poderosas que cualquier previo dolor.

Cuando me quedé sola mi corazón casi se me sale del pecho. La emoción de las horas siguientes parecían todavía una imposibilidad nacida de mis fantasías más salvajes y vitales. De verdad no podía ni considerar lo que estaba pasando. Cerré los ojos, tratando de mantener la poca compostura que podía pensar a través de mi mente. Quizás estaba aumentando mucho mis expectativas, no quería llevarme ningún tipo de decepción en esa primera vez real.

Estábamos hartos de creer en los demás y perdernos por unos estándares poco alcanzados por la realidad. Debía dejarme de fantasías y aceptar lo que me dieran.

Sin esperar otro momento entré a la casa. No sabía si ir primero a arreglarme, bañarme o preparar el ambiente. Demonios, ni sabía si a Tomás le gustaría tener ambiente.

Me mordí el labio inferior mientras me apresuraba a la cocina. En el gabinete de vino logré

encontrar un par de botellas para tomar nuestras bebidas mientras veíamos nuestros cuerpos. Además llené una de las cubetas de hielo que Leandro siempre tenía mantenidas en una parte del congelador para que estuvieran listas para los invitados.

Luego de subir a la habitación me dediqué a prepararme para la hora de la verdad. Suspiré mientras colocaba las botellas de vino en los envases. Sin moverme demasiado me desnudé con prontitud y corrí al clóset de Franchesca. Para evitar que Tomás viera alguna de mis compras me había puesto a la tarea de esconder algunas de las bolsas allí. No quería dañar ninguna sorpresa, por más mínima que fuera.

Suspiré al escoger uno de los conjuntos rojos. Aunque yo no tengo mucho pecho lograba mantener la exacta configuración de mi cuerpo sin exagerar nada. Cada curva, cada trozo de mi piel estaba apretada de la forma correcta con la tela suficiente clara para que cada zona se viera visible con la belleza de una malla.

Seguidamente me acerqué a uno de los espejos y empecé a revisar mi maquillaje, quitándolo con cuidado. Luego agregué solo unos retoques para que no fuera demasiado excesivo. En cuanto terminé me arreglé el cabello lo mejor que pude y me perfumé. Cuando acabé de arreglarme me sorprendí de lo bien que había quedado. Debido a que mi cabello había crecido en las últimas semanas me veía mucho más madura y segura de lo que pensaba. Me senté en la cama con tranquilidad.

Los pasos de mi novio pronto empezaron a escucharse junto a los silbidos de alegría.

- Vaya, vaya. Pero, ¿quién es esta belleza?

El rostro de Tomás estaba lleno de lujuria, sus manos grandes apretaban sus dedos hasta que veía los nudillos blancos.

Me acosté en la cama sin apartar mis ojos de la manera en la que se quitaba los zapatos sin dejar de suspirar.

En cuanto se quedó cómodo se subió sobre mí y empezó a besar mi rostro. Sus manos eran como enormes carbones contra mi piel. Un solo roce bastaba para calentar los lugares más delicados.

De verdad no pude evitar soltar un suspiro cuando se alejó de mí para mirarme a los ojos con una llama de lujuria. Con un ligero gemido, sus manos se deslizaron hasta el cierre frontal de mi ropa. Sin dudar abrió la tela y empezó a lamer mis pezones en cuanto estuvieron libres. Al primer beso mi cuerpo reaccionó con una corriente muy suave pero lo suficiente fuerte para que mis labios se abrieran en una mueca de placer.

- Así que te gusta, pequeña. Menuda sensibilidad tienes. Todavía no he hecho nada y ya estás algo húmeda.

Con lo dicho tocó la tela sobre mi entrepierna. Gemí; mi clítoris empezaba a ser estimulado por cada toque que daban sus manos. Me sentía cada vez más húmeda y no pude evitar abrir mis piernas para que los toques aumentaran.

El placer de cada toque era como los colores. Cada uno de los movimientos de Tomás era más erótico, más lleno de palabras de amor ocultas. Cuando su boca llegó a mi entrepierna, mis gemidos se volvieron gritos. Su boca era golosa, experta devorando cada uno de mis zonas delicadas como si fueran un manjar.

Finalmente, cuando mis piernas temblaban y mi cuerpo estaba llegando al límite de la contención se volvió a poner de pie para terminar de desnudarse. El cuerpo lleno de pecas, pelo y músculos casi me hace perder la cabeza. Su piel olía a masculinidad, a sexo y a sensualidad.

Su excitación ya era evidente, aunque la tomé en mis manos para terminar de ponerlo a tono. Con las caricias de mis manos tardó más bien poco, aunque no me fijé en ello. Nuestras bocas estaban demasiado ocupadas una contra la otra.

- Ya bebé, estoy más que listo para ti.

Sin esperar que me ordenara le di la espalda para colocarme sobre la cama como si fuera un

perrito. Mis manos enredadas en la cobija, mis cabellos desordenados por el movimiento y mis propios dedos. Jadeé apenas dándome cuenta de que mis gemidos eran fuertes y teñidos con lujuria.

- Apresúrate. No puedo más.

- De acuerdo.

Encontraba atractiva la manera en la que me movía para que me penetrara. Sin soltar mis caderas, con una mano, guió la punta de su miembro a mi entrada. El roce de nuestras carnes me dio un corrientazo en la piel. Apreté los dedos en la cama, soltando un suspiro como si nada pudiera ser mejor que eso.

El placer fue más fuerte de lo que podría haber creído. Las embestidas eran fuertes, constantes, contenidas también. Era demasiado grueso, más duro de lo que había sido la primera vez. Entre mis muslos podía sentir mi propia humedad manchando la cama ante cada embestida. Solté un grito cuando las manos grandes pasaron de mi trasero a mis pechos.

Obligó a que me colocara contra su pecho. No podía contener mis gemidos, ni tampoco el movimiento de mis caderas para responder a su cuerpo. El hombre apenas soltaba sonidos pero podía escuchar sus ligeros suspiros por el movimiento y su sudor contra mi espalda y cabellos.

Con cuidado salió de mí y me volteó para que nos viéramos cara a cara. Empezó a besarme antes de volver a penetrarme, ahogando mis quejidos. A medida que nos acercábamos al momento final mis uñas también se clavaron en su espalda.

Antes de poder contener mi propio placer el mundo se volvió blanco y el goce golpeó cada uno de los nervios de mis miembros. Solté un gemido que debió escucharse por toda la casa. La cama se llenó de humedad justo antes de que el hombre sujetara mis caderas y empujara sin control hasta correrse también.

El calor de mi vientre fue lo primero que pensé al volver de nuevo a la Tierra. Sin poder hablar

nos miramos en el silencio hasta que mis párpados empezaron a pesar demasiado.

Con un último beso tocó mi frente y besó mis labios antes de que se acomodara lo mejor posible para no aplastarme. Y ambos, muy felices, nos dormimos.

AMOR

Mis sentimientos habían crecido mucho en los últimos días. El temor de las semanas pasadas era algo lejano, lo suficiente lejos como para poder seguir adelante con mi vida y con las aspiraciones que habían nacido dentro de mí.

Por supuesto, también debía agradecer a Tomás estos cambios. Su ayuda me había avistado a mantener una alta autoestima. Era la llama que necesitaba para subir a los confines más altos de mi propia aspiración.

- No puedes cambiar tu vida si no dejas ir todo a veces, querida Emma. Primero hay que decir adiós, antes de poder volver a comenzar en la nueva existencia que deseas.

Y tenía razón, como siempre. Su propia perspectiva de la vida había cambiado a una persona más positiva, más llena de energía con todo lo que sus ojos podían contener. Por ello, ahora me encontraba allí, dentro de la oficina que lo había comenzado todo sin saber. Ya era plena primavera, así que el sitio estaba fresco por el aire acondicionado.

María estaba sentada detrás del escritorio con la laptop encendida. En las últimas semanas se había sometido a un régimen intenso de ejercicio, dieta guiada por el nutricionista y muchas conversaciones con un psicólogo. Su rostro conservaba la redondez, pero ahora contenía también una visión de sus hermosos ojos verdes, tan dulces como las primeras hojas de primavera. Era una mujer muy hermosa.

De verdad me alegraba que Leandro la estuviera haciendo tan feliz que su deseo de cambiar, su apoyo le estuviera ayudando a salir de sus problemas y encontrarse consigo misma. Baco también era una ayuda menor, ya que María lo había adoptado como si fuera su propio hijo. Eran muy adorables juntos. Por eso es que ambas estábamos allí, una frente a la otra, por el dulce cambio de nuestras respectivas parejas.

- Así que vas a renunciar. La verdad es que no me sorprende, pero pensé que esperarías al menos el próximo trabajo.

El teclado empezó a sonar a medida que sus ojos leían la computadora, cambiando y agregando datos para mi renuncia oficial. Siempre que iniciaba a crear un documento, se relamía los labios y empezaba a manejar sus dedos como toda una experta. Era divertido verla.

- Tomás y yo queremos irnos lo más pronto posible. La mansión ya fue vendida y los muebles y demás están de camino a la nueva casa. Solo falta que Franchesca venga a buscar sus cosas.

El teclado se detuvo.

- Uy, ¿y cómo va eso? ¿Tomás cómo le va con eso? Sé que terminaron muy mal.

- Podría ir mejor, pero al menos tuvo la idea correcta de dividir algunos de los bienes antes de casarse de forma oficial. No son tantos los daños, aunque sé que ella extrañará el auto y también su parte de la mansión. Sin embargo, admito que me da curiosidad la casa de playa que le correspondía.

A decir verdad, no había todavía mucho qué buscar. La mayor parte de la ropa la había empacado yo misma.

- Suena igual que será terrible verla.

- Nada peor que haber limpiado mierda de bebé por dos semanas.

- Uy, recuerdo ese trabajo. Tuviste que tener la mala experiencia para sacarlos de nuestra lista de servicio.

- Sí, fue terrible. A la próxima chica evítale el dolor de cabeza de sufrir esas cosas. Sé que limpiamos casa y demás, pero es que las personas también son bien cerdas.

- Vale, me parece bien. Quizás lo tenga en cuenta para las próximas.

Tragué cuando María tomó las copias de mi documento de renuncia. Aunque tenía miedo, también

estaba muy emocionada con las posibilidades que eso implicaba. De ahí en más podía hacer lo que deseara con mi existencia y eso era, en verdad, de lo más liberador.

- Bueno, estás oficialmente desempleada.

Su sonrisa me causó nostalgia, desde el momento en el que entré a ese lugar, siempre había estado de acuerdo con mis locuras y mis diversiones. Me alegraba saber que, de alguna manera, siempre seguiría apoyándome cuando estuviera afuera.

Me puse en pie caminando alrededor del escritorio para abrazarla. Sé que no debía acercarme demasiado sin pedir permiso pero como pasaría tiempo antes de que volviéramos a estar junto prefería hacer esto de una vez. María rió pero también aceptó mi contacto con una sonrisa luminosa. También me extrañaría.

- Nos veremos por allí, María. Debes llamarme más seguido, quiero saber todo lo que pasa entre Leandro y tú. Sé que ustedes dos también serán muy felices.

Mi corazón se detuvo un momento porque me gustaba todo lo que pasaba dentro de mí, al mismo tiempo que me asustaba. Di dos besos a María, uno en cada mejilla, antes de alejarme unos metros para finalmente darle la espalda.

- Espero que me inviten a la boda; quiero estar allí en primera fila.

- Sabes que serás mi dama de honor, nada que ver con solo observar lo que estemos haciendo.

Mi viaje al estacionamiento fue la exacta copia de ese primer día como trabajador de la familia Vells. Sin embargo, mi piel estaba al descubierto del ambiente nuevo. Mis pasos me llevaron rápido al vehículo. No quería volver a empezar a llorar o a sentirme nostálgica. No podía simplemente entregarme a cualquiera de mis recuerdos. Ni siquiera a aquellos dirigidos a mis padres.

Me sentía muy bien en estos momentos. Ya no tendría más de qué preocuparme, aunque mi mente todavía se marchaba a las zonas más lejanas de las posibilidades. Todavía nos quedaba un día

largo con Francesca. El estómago se me llenó de ácido al pensarlo.

Mientras conducía, no podía evitar pensarlo. ¿Y si me abandonaba en cuanto viera que Francesca volviera a su lado? Yo no era hermosa, no de la forma especial de ella. Mi cuerpo era plano, mi personalidad algo sarcástica y que siempre chocaba con aquellos a mi alrededor. Quizás un día solo se hartara de mí para marcharse.

Verlo esperándome en la puerta me levantó un poco el ánimo. Su mirada cálida era una brisa en un día helado, sus brazos a mi alrededor un seguro de que todo saldría bien de ahora en adelante. Sin embargo, pronto notó que algo no estaba bien dentro de mí y me besó la mejilla.

- ¿Qué te tiene la mente llena de silencio? ¿Acaso te dijeron algo en la agencia? Los iré a gritar un poco, si te hicieron daño.

Negué buscando las palabras. Introduje mi rostro en su abrigo y su aroma calmó parte de mis lamentos.

- ¿Francesca ya llegó?

- Está adentro terminando de recoger sus cosas. Baco está con ella. No se llevará nada de más. ¿Por qué el interés repentino?

Sin poder seguir disimulando me alejé unos metros para mirarlo a los ojos. El gesto triste en ellos desvaneció cualquier tipo de alegría en sus facciones.

- ¿Tú aún la quieres?

Parpadeó como si hubiera escuchado el peor de los insultos. Era evidente que mis dudas no habían hecho más que crear una barrera entre nosotros.

- Si la quisiera volvería con ella.

La sinceridad de sus palabras entró en mí como una gota de agua en medio del desierto.

Sin embargo, aún quería hablar con ella, quería asegurarme que cualquier otro intento sería

eliminado antes de que pudiera surgir. No deseaba perder al amor de mi vida por cualquier persona, menos por una que había traicionado su confianza.

- ¿En dónde está?

- En la habitación principal. Debe estar sacando las maletas en estos momentos.

Los muebles llevaban largos días ya llevados a la casa. La habitación que utilizábamos era la más cercana a la cocina, única zona que aún estaba habilitada para nosotros. El resto del lugar estaba en un proceso de limpieza por los nuevos dueños de la casa. A veces se sentía raro vivir en un lugar que ya no era el tuyo pero en el cual seguías solo por no tener otro sitio. La contradicción de todo era algo más que nos gustaba tanto a mí como a Tomás.

Subí las escaleras ya sin alfombra, extrañas para mí como si fuera otra vez la primera noche. El lugar era tres veces más amplio sin todas las decoraciones, los detalles bonitos que hacían de ese sitio un hogar.

Era raro decir que ese había sido mi hogar por unos meses. Sirvienta, acompañante, luego dueña. Me moría de nervios por volver a ver a Franchesca.

Entré a la habitación.

La figura pequeña de Franchesca se encontraba junto a los baúles de sus joyas, que no me había molestado en tocar ni guardar. Tomás solo había sacado las joyas de su familia. Del resto no parecía estar interesado.

- Ah, ya llegaste. ¿Cómo te fue saliéndote de la agencia de limpieza? ¿Ahora vas a vivir de la fortuna de Tomás?

Me hacía algo feliz que su animosidad para conmigo siguiera intacta. Al menos algunas cosas habían permanecido de la misma manera. No todos los cambios eran positivos y, a decir verdad, no me imaginaba en una relación muy cercana con ella.

- Sí, supongo.

Sonreí como mejor pude, acercándome a revisar exactamente lo que hacía. Sus manos habían tomado solo las joyas más grandes, las más exageradas, las que a mí no me gustaban por el simple hecho de que eran demasiado. La simpleza de objetos apenas decorados me atraía más.

- Te dejé la calderilla. Espero que sea suficiente para ti.

- Escuché que tendrás que pagar una multa por utilizar el auto de Tomás.

Su bonita cara cambió a una llena de las arrugas del disgusto. Usualmente era una mujer hermosa, incluso me atrevería a decir que espectacular, pero su mal carácter parecía dañar cada uno de sus esfuerzos por parecer lo mejor.

- Me pregunto cómo tú podrás pagar eso. Ya no tienes esposo alguno para que te dé dinero para tus caprichos.

- Cállate, chica de campo.

Sonreí al ver que las aletas de su nariz se hinchaban. Al parecer había tocado una tecla delicada dentro de ella. Incluso más delicada de lo que yo habría logrado pensar. Mis ojos se fijaron que sus ropas también habían cambiado, no eran del mismo tipo que lucía cuando estaba con Tomás. No eran malas, mucho menos feas, pero sí eran de una marca que nunca habría comprado estado con él.

Parecía que, incluso con su propia herencia, había cosas que ella misma no podía permitirse. No dije nada, después de todo Franchesca se había arruinado sola y yo no tenía nada que ver con ello.

- Me aseguraré que Tomás sea feliz, no te preocupes por ello.

Pude sentir una risa naciendo y muriendo dentro de mi propio cuerpo. Franchesca todavía estaría bien, dentro de todo, porque sería muy dulce de ahora en adelante hacerme sentir como si fuera una reina gracias a Tomás. No me importaba en verdad darle un poco de su propia medicina.

Ella lo merecía más que nadie.

- ¡Hum! Pues espero que sea feliz con la cantidad de planicies que tienes en el cuerpo, querida.

No me sentí ofendida, para nada, ya que sabía exactamente mi propia valía en medio de todo. Me había decidido a no seguir siendo una víctima, sino abrirme al mundo con todo lo que tuviera.

Tomó todo lo que tenía arreglado junto a una maleta muy grande que aún no había sido bajada y se marchó sin dirigirme otra vez la palabra. Sus ofensas no me habían llegado así que parecía más enojada de lo usual. Sonreí al quedarme sola en la habitación mientras miraba a mi alrededor. Sentía como un peso se había quitado de los hombros. Mis pequeños mundos se habían multiplicado por cien, ahora todo era mucho mejor.

En silencio terminé de guardar los pocos objetos que Franchesca había dejado. Al terminar bajé de nuevo al vestíbulo. Allí Tomás me esperaba mientras tomaba algo de agua de botella. A su lado quedaban el resto de nuestras maletas. Sin hablar más bajé hasta encontrarme a su lado. El beso que compartimos era como todos los demás, dulce, perfecto, lleno de la vitalidad de un día soleado.

- ¿Estás bien? ¿Lista para irnos?

Su rostro parecía iluminado por la belleza de un hombre que alcanzó el enorme punto de la felicidad. Sus manos parecían estar llenas de futuras ideas, sus ojos negros chispeantes por la perspectiva de una nueva vida.

- Sí, ya estoy lista. Franchesca no fue tan desagradable como esperaba.

- Ya se ha ido, así que no te tienes que preocupar más por ella. Mis abogados manejarán cualquier asunto que pueda surgir de ahora en más.

- Vale, de eso no me preocuparé más. La verdad es que fue algo agradable verla, siempre se comporta como si fuera la gran cosa.

Él rió ante mi gesto, como si fuera de lo más gracioso que ocurriera en años. Tomó mis hombros y me guió afuera. De cada una de sus expresiones estaba comenzando a aprender. Siempre era frío en otros tiempos, ahora siempre cálido. Su cambio me alegraba en verdad. Tendría que contener mi emoción de abrazarlo, todavía debíamos llegar a nuestro destino. No debía distraerlo en lo absoluto.

Al subirnos al auto que había adquirido días antes nos alejamos de la mansión. Ninguno dijo demasiado. A decir verdad los recuerdos de allí ya eran recuerdos lejanos. Mi corazón lo prefería así.

- ¿Podemos tener una mascota? Algo así como un gran perro.

Las conversaciones de nuestro trayecto se dirigían al futuro que nos esperaba.

- Sí, seremos unas de las mejores familias. Tendremos un perro grande, quizás un par de gatos. Me gustan mucho los gatos, son lindos y divertidos.

Cerré los ojos mientras dejaba que la imaginación tomara el control. Sí ya nos veía atrapados en medio de la felicidad.

- Sé que con Franchesca no, pero...

- También me gustaría tener hijos. Quizás un par. Me da igual su género.

Tuve que ocultar la sonrisa tras mi mano. Era demasiado alegre, demasiado feliz. Tenía miedo que todo terminara siendo un sueño hermoso. No habría sido la primera vez que mis fantasías estallaran justo frente a mis manos.

- Ya quiero empezar nuestra vida juntos, Tomás. Sé que será maravillosa.

- Lo será. Te haré feliz.

- Nos haremos felices.

A lo lejos ya veíamos las primeras casas del barrio residencial donde compramos nuestro hogar.

Sencilla, bonita, dos pisos suficiente para albergar a una familia con al menos tres niños. Una vida sencilla, una vida común. Eso era lo que deseábamos. Esa era nuestra felicidad.

EPÍLOGO

Desde el momento en que nos liberamos de las consecuencias de los pecados de los demás, nos volvimos en verdad una pareja. Los secretos se habían terminado en los últimos días de juicio, entre las noches de placer y de angustia que enfrentaban todos los recién llegados a una nueva existencia. Nuestra lucha había sido larga, también llena de baches y dolores demasiado grandes para poder enfrentarlos enseguida.

Habían pasado casi dos años desde que nos habíamos encontrado en ese día fatídico de invierno, con sus ojos sin mirarme y su atención puesta en uno de los papeles que me volvía su empleada. Muchas cosas habían pasado desde ese momento, sin duda. Desde la búsqueda de secretos perdidos hasta el cambio por completo de vida.

María y Leandro se habían vuelto más que buenos amigos. Su boda sería en un par de semanas más. Incluso a la edad de ambos, con toda la fuerza de sus años, estaban dispuestos a encontrar de nuevo la alegría de encontrarse con otra persona. Esperábamos a que naciera nuestra hija para poder asistir. No quería ser una dama de honor con el estómago redondo como el de una pelota de baloncesto.

En cuanto a mi querido amigo mudo, sus cartas eran cada vez más animadas desde Japón, sitio al que había logrado emigrar tras conseguir un buen trabajo.

Era invierno de nuevo, mi época favorita, y no podía estar más feliz que ahora. Si tan solo mi madre pudiera verme, la vida sería perfecta en todo sentido. Claro, los deseos no siempre se cumplen y por eso me encontraba yo allí, frente a lo que sería el sitio del descanso eterno de mi madre. Volvía a estar limpia tras muchas visitas, mi corazón lleno de alegría por las buenas noticias que podía darle.

- Es una niña.

Mi vientre estaba muy hinchado ya, esperábamos que pronto la niña naciera para unirse a nosotros. Acaricié bien la tela del vestido, los movimientos de la pequeña criatura dentro de mí no se hicieron esperar.

- Vamos a colocarle como tú, madre. Luisa también será una mujer dulce, llena de amor y compasiva con la vida.

Los brazos de Tomás me rodearon, un beso fue depositado en mi frente y las manos masculinas, grandes y llenas de vida también tocaron mi estómago. La tranquilidad con la que me tocó, la respiración pacífica, me daba la idea de que él también estaba feliz.

- ¿Cómo están mis dos mujeres, animadas y tiernas como todos los días?

La frialdad de su mirada ya no existía más. Las culpas, el miedo, todo eso se había desvanecido en una tormenta de amor y de buenas intenciones que yo le había mostrado con cada nuevo día.

- Felices.

Sí, ya lo éramos. No había más que felicidad, un futuro lleno de dicha y completa calma en medio del océano de la vida.

Fin.

Te agradeceríamos muchísimo si nos puedes dejar un comentario sobre el libro en la plataforma donde lo adquiriste, ya que eso nos ayudará a que otras personas puedan obtenerlo también.

Gracias :)

Asimismo, a continuación te compartimos una lista otros libros de nuestra producción:

Otros Libros Recomendados de Nuestra Producción:

Secretos Inconfesables. Una pasión tan peligrosa que pocos se atreverían. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. Saga No. 1

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (La Propuesta) Saga No. 2

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (Juego Inesperado) Saga No. 3

Autora: Mercedes Franco

Rehén De Un Otoño Intenso.

Autora: Mercedes Franco

El Secreto Oscuro de la Carta (Intrigas Inesperadas)

Autor: Ariel Omer

Placeres, Pecados y Secretos De Un Amor Tántrico

Autora: Isabel Danon

Atracción Inesperada

Autora: Teresa Castillo Mendoza

Una Herejía Contigo. Más Allá De La Lujuria.

Autor: Ariel Omer

Contigo Aunque No Deba. Adicción a Primera Vista

Autora: Teresa Castillo Mendoza

Juntos ¿Para Siempre?

Autora: Isabel Danon

Pasiones Peligrosas.

Autora: Isabel Guirado

Mentiras Adictivas. Una Historia Llena De Engaños Ardientes

Autora: Isabel Guirado

Las Intrigas de la Fama

Autora: Mercedes Franco

Intrigas de Alta Sociedad. Pasiones y Secretos Prohibidos

Autora: Ana Allende

Amor.com Amor en la red desde la distancia

Autor: Ariel Omer

Gourmet de tu Cuerpo. Pasiones y Secretos Místicos

Autora: Mercedes Franco

Pasiones Prohibidas De Mi Pasado.

Autora: Mercedes Franco

Seduciones Encubiertas.

Autora: Isabel Guirado

Pecados Ardientes.

Autor: Ariel Omer

Hasta Pronto Amor. Volveré por ti. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Amor en la Red. Caminos Cruzados. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Oscuro Amor. Tormenta Insospechada. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Viajera En El Deseo. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Ana Allende

Triángulo de Amor Bizarro

Autor: Ariel Omer

Contigo En La Tempestad

Autora: Lorena Cervantes

Recibe Una Novela Romántica Gratis

Si quieres recibir una novela romántica gratis por nuestra cuenta, visita:

<http://www.librosnovelasromanticas.com/gratis>

Registra ahí tu correo electrónico y te la enviaremos cuanto antes.